



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Ensayo general

Charles Allan Pitzer, el jefe del sector de Nueva York de la CIA, recibe una llamada telefónica de su ayudante cuando está cenando en casa de Brigitte: Un compañero ha sido asesinado cuando acudía a la cita con un amigo personal.

Naturalmente, la agente Baby entra en acción para averigüar por qué y vengar a su Simón



Lou Carrigan

Ensayo general

Brigitte en acción - 260

Archivo Secreto - 209

ePub r1.0

Titivillus 11-09-2020

Lou Carrigan, 1977
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

—¿Y adónde más fuisteis? —preguntó Frank Minello.

—Pues desde Hong Kong fuimos a Tokio; de Tokio a Manila, y de aquí a Surabaya, en Java. De aquí pasamos a Singapur y, ya, volvimos a Villa Tartaruga.

—Todo lo que se dice un viaje de luna de miel, vaya.

—Más o menos —sonrió Brigitte Montfort.

—¿Qué quieres decir con eso de «más o menos»?

—Quiero decir que no nos dimos cuenta de si había mucha luna, pero sí te aseguro que hubo mucha miel.

—No me hace nada de gracia —farfulló Minello.

—Tú me has preguntado —sonrió de nuevo Brigitte.

Frank soltó otro gruñido, y se quedó mirando las piernas de Brigitte, que estaba sentada frente a él, en un sillón. Hacía menos de tres horas que ella había llegado a Nueva York en avión, y lo primero que había hecho fue bañarse, dejando que Peggy, su ama de llaves, fuese colocando el equipaje en su sitio. Mientras tanto, Frank Minello se había enterado del regreso de Brigitte a casa, y había acudido a toda prisa, sorprendiendo a Brigitte cuando apenas salía del baño, envuelta en su albornoz de color azul.

Un azul bonito, pero no tanto como el de los grandiosos ojos de la periodista Brigitte Bierrenbach Montfort, famosa en todo el mundo por su talento. Talento solo superado por su belleza. Con aquellos ojos, con aquella boquita sonrosada, el escultural cuerpo de piel dorada lleno de gracia, la señorita Montfort era capaz de hacer reaccionar a una estatua de mármol. Esto, en cuanto a la señorita Montfort como periodista. Como espía, como la mortífera agente Baby de la CIA. Brigitte podía conseguir todo lo contrario, es decir, dejar petrificado a cualquiera. Petrificado de asombro y miedo, al ver lo que aquella deliciosa mujercita era capaz de hacer…

—Frankie, no sé si estás mirando mis piernas o estás soñando con la luna. Te noto distraído.

—¡Oh, no…! Miraba tus piernas.

—¿Y las ves bien?

—¡Psé…! Podría verlas mejor, desde luego.

—Si es un capricho, puedo quitarme el albornoz.

—¿Lo harías? —la miró, vivamente, Minello.

—¿Por qué no?

—¿Te quedarías desnuda delante de un hombre?

—¡Caramba, Frankie…! Bueno, no quiero ofenderte, pero tú no eres solamente un hombre, para mí.

—Pues, ¿qué soy? —masculló Minello—. ¿Un garbanzo?

—¿Ves? ¡Ya te has enfadado! Lo que he querido decir es que eres mi amigo, que te quiero mucho, y que si te va a hacer feliz contemplarme desnuda, no tengo ningún inconveniente en complacerte.

—Eso habría que verlo.

Brigitte alzó las cejas, sorprendida. Acto seguido, se puso en pie, soltó el cinturón del albornoz, y comenzó a quitarse este. Sus bellísimos senos, que parecían de oro, parecieron saltar ante los ojos de Frank Minello, que lanzó un alarido y se abalanzó hacia ella.

—¡No hagas eso! —gritó, cerrando rápidamente el albornoz de Brigitte—. ¡Pueden haber colocado cámaras en tu apartamento!

—Vamos, no digas tonterías. ¿Quieres verme desnuda o no?

—¡Te digo que aquellos tipos pueden haber colocado cámaras en todas partes!

—¿Qué tipos? —se sorprendió la divina espía.

—Los que estuvieron aquí hace unos días. Aquellos a los que les rompí la cara.

—¿Vinieron unos hombres aquí, a mí apartamento? ¿Y qué querían?

—Haz el favor de esconder bien tus bellos pechos, o de un mordisco te mutilo, ¿comprendes?

Brigitte Montfort frunció el ceño, ladeó la cabeza y se quedó mirando especulativamente a su mejor y más querido amigo.

—¿A qué viene esa grosería? —refunfuñó—. ¿Qué es lo que tratas de ocultarme? Cuando hablas así es que quieres desviar la conversación… ¿Qué ha ocurrido?

—¡Maldita sea mi estampa…! ¡Estaba convencido de que Peggy te lo había dicho ya, si no a buena hora comento nada sobre esto!

—Peggy no me ha dicho nada que me permita comprender tu extraña actitud, Frankie. ¿Qué ha sucedido?

—Tú no le enseñarías tu cuerpo a otras personas, ¿verdad? Quiero decir, así, por las buenas, sin más… ¡Solo a mí, solo a mí!

—Solo a ti… —asintió Brigitte—. Quiero que me digas qué ha pasado, Frankie.

—Pues verás… ¡Estoy en un lío tremendo, por haberles roto la cara a aquellos tipos! Tú conoces al juez Rumaker, ¿verdad?

—Sí. Es un vejete simpático. Y un buen amigo.

—Aquellos tipos me demandaron…

—¿Por qué les rompiste la cara?

—Los muy cretinos… Vinieron aquí cuando Peggy y yo estábamos escuchando música, tan tranquilos y preguntaron por ti. Les dijimos que estabas de viaje, y va uno de ellos y dice que bueno, que cuando volvieses que llamases a la *Playboy*…

—¿La revista *Playboy?*

—Sí.

—¿Y qué querían?

—Dijeron que andaban contratando tías buenas para fotografiarlas y ponerlas en la revista, y que tú habías sido elegida… Habían visto fotografías tuyas, vestida, claro, y venían a ofrecerte dinero para que te dejases fotografiar de pelo a pelo.

—¿Estás hablando en serio? —se pasmó Brigitte.

—¡Zambomba, claro! Les dije que mis tímpanos debían estar funcionando mal, y que lo que ellos querían era presentarte sus respetos, pero insistieron en que no, en que querían fotografiarte desnuda, porque estabas como un tren, y que ellos eran unos nuevos seleccionadores de la *Playboy*, y que querían ofrecer algo mejor que la Raquel Welch y compañía, y que, además, ya estaban muy vistas. Volví a decirles que debía haber oído mal, y entonces me dijeron que seguramente tenía sucias las orejas, y que ya volverían por aquí cuando la cachonda señorita Montfort hubiese regresado. De modo que agarré a uno por la pretina del pantalón…

—¿Por dónde? —respingó Brigitte.

—Lo agarré por la pretina del pantalón con esta mano —alzó Frankie la izquierda—, y con esta otra —mostró la derecha—

comencé a aplaudir en su cara. El otro se molestó, o quizá tenía envidia de los aplausos, porque intervino. De modo que le metí un puño en la boca y otro en la barriga… Total, que se los tuvieron que llevar en una ambulancia. ¿No sabías nada de esto?

—¡Claro que no!

—Pues ya está.

—¡Santo cielo…! ¿Adónde vamos a ir a parar?

—Eso dije yo… ¡Solo ofrecían veinticinco mil dólares por tu desnudez!

—¡Hiciste bien en romperles la cara! —rio Brigitte—. ¡Veinticinco mil dólares! ¡Qué miseria!

—Eso dije yo. En cambio, yo me ofrecí por diez mil solamente.

—¡Debes estar gastándome una broma! —volvió a reír Brigitte.

—Que no, mujer… ¡Los tuvieron que recoger con una pala! Un hueso por aquí, una costilla por allá, una muela por acá, una orejota por ese otro lado… Todavía los están montando, como si fuesen robots, por piezas. ¡Me meterán en la cárcel, ya lo verás! ¡Y si me meten en la cárcel, no te veré durante mucho tiempo! ¡Y si me muero de tristeza, ya no podré contarte más tonterías! ¡Y si no te cuento más tonterías, tú no te reirás! ¡Y si no te ríes, me moriré! ¡Y si me muero, tú te pondrás triste! ¡Y si tú te pones triste, y yo ya no puedo morirme, porque estaré muerto, me… me… me convertiré en fantasma para que me carguen de cadenas! ¡Y si me…! ¡La policía!

Había sonado el carillón de la puerta del apartamento, sobresaltando a Minello, que se quedó mirando hacia la puerta del salón con expresión desorbitada.

—Escóndete debajo del sofá, Frankie —aconsejó, muy seriamente, Brigitte.

—Sí… ¡Buena idea!

Minello saltó hacia el sofá, como queriendo meterse realmente debajo; cosa imposible, puesto que no cabía, cosa que quedó demostrada cuando alzó la delgada tira de tapicería de complemento. La rubita y fiel Peggy, que pasó por delante de la puerta camino de la del apartamento, se detuvo, y se quedó mirándolo estupefacta.

—¿Qué pasa? —se asustó enseguida—. ¿Le ha cogido algún ataque a Frankie, señorita?

—¡Solo de locura! —rio, una vez más, la divinísima—. ¡Anda, ve

a abrir, Peggy! Si no es de confianza, llévalo al despacho.

—Sí, señorita.

Peggy siguió su camino hacia la puerta, mientras Minello insistía en colocarse bajo el sofá… hasta que, por entre las carcajadas de Brigitte, oyó aquella voz conocida:

—¿Qué le pasa a Minello? ¿Está agonizando? ¡No es posible una dicha tan grande!

Frankie se volvió, y miró hoscamente a Pitzer. Charles Alan Pitzer, jefe del sector New York de la CIA, y, por tanto, el jefe inmediato de Brigitte Montfort, alias Baby.

—Menos mal; no es la policía… —refunfuñó—. ¡Pero es peor que la policía, es puro veneno, es un sádico bebedor de sangre de espías! ¡Brigitte, escóndete, viene a por ti, para…!

—Pues no, señor —cortó enérgicamente Pitzer—, no vengo a por ella, sino por ella, que es diferente, si es usted capaz de captar un matiz, Minello. He sabido que ha vuelto, y aunque ya es algo tarde, he venido a saludarla.

—¡Oh, no! —gimió Minello—. ¡Este buitre carroñero ha venido aquí con la pretensión de que lo invites a cenar, Brigitte! ¡No lo hagas! ¡Envenenará todos los manjares con su mirada de cuervo hambriento!

—Puede quedarse a cenar, tío Charlie —Brigitte no podía dejar de reír—. E, incluso, antes, vamos a tomar todos una copa de «Pérignon». ¿Todo va bien?

—Va bien —asintió Pitzer—. Hay días de calma, pese a lo del Líbano, lo de África, lo de Irlanda, lo de…

—¡Y dice que todo va bien! —aulló Minello—. ¡Claro que va bien para él, sabiendo que en el mundo se está vertiendo sangre inocente todos los días! ¡Buitre, vampiro, chupador de sangre!

—Algún día, Frank —masculló Pitzer—, contrataré a un asesino profesional para que me lo quite de en medio.

—¿Cuánto está dispuesto a pagar? —saltó Brigitte, frotándose con gesto codicioso las manos.

—Lo que me pida —aseguró Pitzer—. Los buenos servicios hay que pagarlos bien, sin regatear.

—¡Ay, pobre de mí! —clamó Minello, llevándose una mano al corazón—. ¡Qué desgraciado soy! ¡La mujer que amo va a asesinarme! Pero será una muerte dulce… Asesina mía, mírame con

tus celestiales ojos; expresa con ellos tus deseos de muerte, y caeré fulminado a tus pies… ¡Mátame con tu azul mirada que refleja el cielo!

Brigitte lo miró fijamente, hizo un cómico gesto apretando un poco los párpados, y Minello dio toda una representación de pantomima de alto nivel teatral: se llevó de nuevo la mano al corazón, emitió un gemido, dio un paso hacia delante, otro para atrás, uno para la derecha, alzó los brazos, dio otro paso hacia la izquierda, gimió de nuevo, tropezó con sus propios pies, cayó de rodillas, se puso en pie, cayó de espaldas, rodó hacia atrás de modo que quedó de nuevo en pie, cayó sobre un sillón, rebotó en él y cayó de nuevo al suelo, donde rodó cuatro o cinco veces, se puso otra vez de pie, tambaleante, se llevó las manos de nuevo al corazón, sus ojos bizquearon, emitió unos gorgoritos de *bel canto,* se mesó los cabellos, pareció abrazarse a sí mismo, dio media vuelta, volvió a caer, se levantó otra vez, y dijo:

—¡Me muero!

Y cayó una vez más sobre la alfombra, quedando tendido boca arriba, inmóvil, con los ojos cerrados y la boca torcida hacia un lado.

—¡Payaso! —exclamó Pitzer.

Brigitte le pidió a Peggy que les sirviese «Pérignon», y la rubita sirvienta se retiró, riendo, mirando a Frankie, que continuaba *muerto*.

—O sea —dijo Brigitte—, que la CIA no ha encontrado a faltar a Baby durante estos días que he estado por ahí.

—Digamos que la CIA no ha tenido asuntos de la envergadura suficiente, en cuanto a misiones personales, para necesitar a Baby. Todo han sido pequeñas cosillas… Como lo de esta noche, por ejemplo.

—¿Lo de esta noche?

—Sí. Uno de los nuestros va a acudir a la cita con un antiguo amigo suyo, que quiere decirle «algo importante». Vaya usted a saber qué es importante para ese sujeto. Seguramente, querrá unos cuantos dólares por una información que solo valdrá unos centavos.

—Pero ha enviado usted a un Simón a su encuentro.

—Más que nada porque Simón ha dicho que era una cita casi personal. El sujeto en cuestión no ha recurrido a la CIA, sino que ha

llamado a Simón a su número privado… Parece que sabe que trabaja para la CIA… Simón me llamó, me dijo lo que ocurría, y me pidió permiso para ir a la cita. Dijo que no había cuidado, que era un viejo amigo al que hacía años que no veía… En fin, un asuntillo sin importancia. ¿Qué tenemos para cenar?

—La verdad es que no lo sé. Pero, como siempre que regreso de un viaje, espero que Peggy se haya esmerado.

—Estupendo… —se frotó las manos Pitzer—. ¡Apuesto a que tenemos, por lo menos, caviar ruso o langosta…! Aunque yo preferiría unos camarones del Caribe, francamente… ¿Le he hablado de mí nueva salsa?

—No —rio Brigitte—. Pero si lo ha de hacer, espere a que esté presente Peggy, que es quien se encarga de… ¡Ah, aquí está ya! Qué aspecto tan agradablemente frío tiene la botella, ¿verdad, tío Charlie?

—Verdad —asintió Pitzer.

Efectivamente, Peggy llegó, sirvió champaña a los dos y se retiró. Brigitte alzó su copa.

—No olvide decirle luego a Peggy cómo se prepara esa salsa… ¡A su salud, tío Charlie!

—A la suya, querida —brindó Pitzer.

—Y a la mía… ¿qué? —refunfuñó Minello, sentándose en la alfombra.

—¡Oh, Frankie!… —lo miró Brigitte con los ojos muy abiertos—. ¿Estás vivo?

—¡Claro que estoy vivo!

—Mala suerte —se lamentó Pitzer—. ¡Ya me parecía a mí una velada demasiado encantadora!

—¡Buitre repugnante de los picos del Himalaya!

Hacia las nueve y pico de la noche, incluso Pitzer reía los chistes de Frank Minello, que estaba verdaderamente inspirado. Brigitte había pedido tregua varias veces, asegurando que «iba a morir de risa» si Frankie no callaba, pero este recurrió a lo mejor de su repertorio de payasadas. Muy democráticamente sentada en uno de los sillones, tras servir el café, Peggy estaba ya prácticamente muerta de risa, descompuesto el rostro por las lágrimas. La cena había sido excelente; el vino y el champaña final, de la mejor calidad, por supuesto; y el café y el licor fue el remate digno de una espléndida

cena a la que había que añadir el principal ingrediente: la reunión de viejos y queridos amigos…

Hasta que, por fin, sonó el teléfono.

Riendo, Peggy descolgó el auricular, atendió la llamada, y se volvió a mirar a Pitzer.

—Es para… ¡ji, ji, ji…! usted. ¡Ji, ji, ji!

—Muchas… ¡je, je, je…! gracias, Peggy… ¡Jo, jo!

—¿Y el del pajarito peleón? —preguntó Minello a Brigitte—. ¿Sabes el del pajarito peleón?

—No —rio Brigitte, que naturalmente se había vestido adecuadamente para la cena, y estaba bellísima—. Me parece que no, Frankie.

—Pues verás. Había un pajarito diminuto, pero matón, que estaba un día…

—Espera un momento. Será mejor que esperes a que tío Charlie termine de hablar por teléfono, para que él también lo oiga.

—Bueno. Mientras tanto, beberé otra copa.

—Me parece que te estás pasando, Frankie.

—Es igual. Si me emborracho me quedaré a dormir aquí, y tú me cuidarás. ¿O no, me cuidarías?

—Claro que sí.

—Entonces, voy a beber hasta reventar.

—Si revientas, no habrá gran cosa que cuidar.

—Pues voy a limitarme a pillar una cogorza de campeonato. ¡Oye, tú, rubia, escancia líquido de oro con burbujas de sol! ¿No ves mi copa vacía?

Peggy volvió a reír, y se dispuso a complacer a Minello. Brigitte miró hacia Pitzer, y se quedó inmóvil al ver la expresión y el color del rostro del jefe de la CIA en Nueva York y su sector. Pitzer estaba lívido, y sus facciones aparecían desencajadas. Al ver que Brigitte le miraba, se volvió de espaldas a ella, y continuó hablando unos segundos. Por fin, colgó el auricular, y se volvió a medias, para ver si Brigitte le observaba.

Lo cual ocurría, en efecto. Y también Brigitte estaba un poco pálida.

—Tengo… tengo que irme… —dijo Pitzer.

—¿Qué ha, pasado? —preguntó, serenamente, Brigitte.

—Bueno… No sé exactamente…

—Sí lo sabe. ¿Qué ha pasado? ¿Quién le ha llamado aquí?

—Mi ayudante, naturalmente. Solo él sabe…

—Muy bien, le ha llamado Simón-Floristería. ¿Y qué le ha dicho?

Pitzer se pasó la lengua por los labios. Ya nadie reía. Brigitte le miraba fijamente, y con no menos atención le miraban los súbitamente silenciosos Peggy y Minello.

—Lo han matado… —jadeó Pitzer—. ¡Han matado al agente que acudió a la cita con un amigo suyo!

Capítulo II

El agente de la CIA asesinado acribillado a balazos se había llamado Randolph Symes. Ya no había por qué llamarlo con el genérico nombre clave de Simón, como Brigitte Baby Montfort llamaba a todos los agentes de la CIA. ¿Para qué? Ahora que ya estaba muerto, ¿qué importaba que se supiese su verdadero nombre, si ya nadie podría perjudicarle?

Randolph Symes, ex Simón de la CIA, yacía todavía en el cruce de las calles Madison y Jackson, caído de bruces, con la barbilla apoyada en el suelo, como queriendo mantener alzada la cabeza para poder mirar hacia Corlears Hook Village, y el Williamburg Bridge. Tenía los ojos abiertos, y todo el rostro salpicado de sangre desde las numerosas heridas que había recibido en todo el cuerpo. Lo habían acribillado; habían hecho con él una auténtica carnicería.

Arrodillada en el suelo junto al cadáver, Brigitte Montfort, la conocidísima periodista neoyorquina, orgullo de la ciudad, contemplaba en silencio aquellos ojos abiertos, mientras un policía de uniforme sostenía por un extremo la manta con la que habían cubierto el cuerpo destrozado. Junto a Brigitte, Pitzer contemplaba también los ojos y las rígidas facciones de Randolph Symes. Pero a Pitzer, el agente de uniforme no lo conocía. A *miss* Montfort, sí, ¡naturalmente!

Fue esta quien, por fin, alzó la cabeza, y le hizo una seña al policía, que dejó caer el extremo de la manta. Brigitte se puso en pie, aceptando la mano que le tendía el ayudante de Pitzer, es decir, el agente de la CIA que ella siempre había llamado Simón-Floristería… ¿Cuántos años hacía que conocía a Simón-Floristería…?

—No pude hacer nada… —tartamudeó Simón-Floristería—. Ni siquiera estaba cerca. Me insistió tanto en que no había el menor peligro, que incluso estuve tentado de dejarle venir solo.

Finalmente, acordamos que lo traería con el coche, lo dejaría a cien metros de aquí, y daría una vuelta, para recogerlo, cinco minutos más tarde. Si no estaba, debía dar otra vuelta, y así sucesivamente. Si daba diez vueltas sin haberlo visto, debía marcharme… Pero cuando estaba dando la primera vuelta, ya oí los disparos.

—¿Lo hicieron con una metralleta?

—Sí, sí… No pudo ser de otro modo. Oí la sucesión de disparos… Sí, una metralleta, desde luego. ¡Por Dios, lo han hecho pedazos, pobre Rand…!

Brigitte miró alrededor. Había una ambulancia, que no se había llevado el cadáver porque Simón-Floristería lo había impedido, apoyado por el oficial de uno de los dos coches de policía allí detenidos, con su luz azul giratoria funcionando en el techo. También había muchos curiosos, que varios policías mantenían convenientemente alejados. Si seguía allí, no tardarían en llegar incluso periodistas, advertidos de lo sucedido por las comisarías de sus distritos de trabajo. Brigitte hizo una seña a Pitzer, y se alejaron, los tres un poco del cadáver y del cercano policía.

—Voy a llevarme a Simón en su coche, tío Charlie. Usted quédese aquí y oriente las cosas con la discreción conveniente. ¿Le parece bien?

—Naturalmente —asintió Pitzer—. ¡Pero no deje conmigo a Minello!

—Él vendrá conmigo, no se preocupe.

Brigitte tomó del brazo a Simón, y lo llevó hacia el coche de este. Ella se sentó ante el volante, y Simón lo hizo a su lado. Acababa de poner el motor en marcha cuando Frank Minello entró en la parte de atrás, precipitadamente.

—Fue todo tan rápido que nadie vio nada de nada, Brigitte. Un coche del cual brotaron unos disparos, eso es todo. Pero he podido recoger algunas de las balas que se aplastaron contra la pared de ese edificio.

—Gracias, Frankie. ¿Nadie se fijó en la matrícula del coche?

—No. Pero un par de personas han coincidido en afirmar que, junto al conductor, iba un anciano.

—¿Lo vieron bien? —exclamó Brigitte.

—No, no, no es eso… Dicen que saben que era un anciano porque tenía los cabellos blancos. Toda la cabellera blanca. Pero no

vieron nada más.

—Entiendo. ¿Fue el anciano quien disparó?

—No. Lo hizo otra persona, que iba en la parte de atrás del coche.

—Es decir, que en ese coche iban, por lo menos, tres hombres… Está bien, será mejor que nos alejemos de aquí.

—¿Quieres que conduzca yo?

Brigitte negó con la cabeza, y apretó el pedal del gas. El coche, de mandos automáticos, se despegó suavemente de la acera, alejándose de allí. Brigitte miró de reojo a Simón-Floristería, que estaba silencioso y sombrío, pálido.

—La culpa no fue de usted —susurró la espía—. Si iba a entrevistarse con un amigo personal, nadie podía temerse una cosa así, Simón.

—Ya lo sé. Pero el hecho cierto es que está muerto, y eso es lo doloroso… Usted lo sabe mejor que nadie.

Brigitte tragó saliva, y asintió con la cabeza.

—Lo llevaré a la floristería… —musitó—. ¿Le dijo Symes el nombre del amigo que le había citado?

—Sí: Gene Lovejoy.

—¡Ah!… —Brigitte le dirigió una mirada viva, centelleante—. ¿De modo que sabemos eso? Está bien… ¿Qué más sabemos? Quiero decir, de ese Lovejoy que ha tendido la trampa a Symes.

—Lo que me pregunto es para qué. Rand era un buen agente, pero nada especial. Hay cientos como él. No era nada especial ni sabía nada especial… ¡No entiendo por qué citarlo para acribillarlo a balazos!

—Se lo preguntaremos a su amigo Gene Lovejoy cuando lo encontremos… Porque le aseguro que lo encontraremos, aunque haya que remover cielo y tierra. Pero para encontrarlo, hemos de saber más cosas de él. ¿Le dijo algo interesante Symes sobre Lovejoy?

—Me habló de que siempre habían sido buenos amigos. Los dos estuvieron en los últimos tiempos de la guerra de Corea… Pero no se conocieron allí. Ya eran amigos, de la infancia. También estuvieron en Vietnam, en los principios. Gene Lovejoy se cansaba enseguida de todo, según me dijo Rand… Era indisciplinado, divertido, de rápidas decisiones, incapaz de vivir bajo unos

reglamentos… Hace unos años se dedicó a vivir de un modo azaroso, dando tumbos por todas partes, sirviendo a mercenarios y aventureros de toda clase. Randolph Symes le propuso que ingresara en la CIA la última vez que se vieron hace unos tres años, pero Lovejoy le dijo que ni hablar, que él no quería reglas rígidas de vida… y que la CIA le gustaba aún menos que los mercenarios. Desde entonces, no lo había vuelto a ver.

—¿Mencionó Symes lo que Lovejoy quería de él, en esta ocasión?

—No, porque Lovejoy no se lo dijo. Solamente le había dicho que tenía algo interesante para él, pero no le dijo de qué se trataba.

—¿Parecía inquieto Randolph Symes?

—De ninguna manera. Acudía a la cita con la misma tranquilidad y confianza con que yo acudiría a una cita con usted.

—¿Hasta tal punto?

—Sí. A menos que estuviese fingiendo para engañarme, pero me pregunto con qué objeto. Sería absurdo que hubiese estado preocupado y, en lugar de solicitar nuestra ayuda, hubiese estado ocultando que temía algo de Lovejoy.

—Sí, sería absurdo —asintió Brigitte.

Quedaron silenciosos. Simón miró a Brigitte, que parecía concentrada únicamente en conducir. Pero el espía sabía que bajo la fría apariencia de la hermosa periodista latía una llamarada de odio hacia Gene Lovejoy.

Y sabía, también, que Gene Lovejoy estaba condenado a muerte. Hiciera lo que hiciese, fuera a donde fuese, se escondiera donde es escondiese, Baby lo encontraría, y lo mataría como a un perro…

—Frankie, dale esas balas a Simón —dijo, de pronto, Brigitte—. Aunque no creo que sirvan de nada. Lo que sí puede servir es buscar en nuestros ficheros, o en los del FBI. Ejército, Armada, etcétera, a Gene Lovejoy. Quiero saber todo cuanto a él se refiera. Y quiero que lo busquen, Simón.

—Por supuesto.

—Por todas partes: trenes, autobuses, muelles, aeropuertos, hoteles, moteles, carreteras, playas… Tiene que estar en alguna parte. Y quiero saber dónde.

—Lo hemos encontrado —dijo Pitzer.

Brigitte, que estaba sentada en un sillón del salón de su

apartamento, leyendo, se quedó mirando a su jefe inmediato. Solo habían pasado once horas de la muerte de Simón-Randolph Symes, y ya habían encontrado a su amigo y supuesto asesino, Gene Lovejoy. Eran las nueve de la mañana.

—¿Dónde?

—En el Gipsy Hotel, de la Segunda Avenida. Es decir, hemos averiguado que, hasta ayer por la tarde, estuvo allí desde hace dos semanas.

—Pero ayer por la tarde se fue y ya no ha vuelto al hotel.

—Exactamente.

—¿Ha habido dificultades para localizarlo en ese hotel?

—Ninguna. Facilitamos su nombre a la policía, esta lo hizo circular por los hoteles, y esta madrugada llamaron del Gipsy, diciendo que Gene Lovejoy estaba alojado allí desde hace dos semanas. Así de simple.

—Como es natural, tenemos a alguien examinando esa habitación del Gipsy Hotel.

—Como es natural —asintió Pitzer.

—¿Vale la pena que yo vaya allá?

—En mi opinión, no. Hay todo un equipo técnico buscando huellas de todas clases y, si hay algo interesante, sea lo que sea, ellos lo encontrarán. Simón vendrá con el informe hacia el mediodía.

Efectivamente, a la hora del almuerzo apareció en el domicilio de Brigitte el ayudante de Pitzer y, mientras almorzaban los tres, servidos por Peggy, el todavía sombrío Simón expuso los escasos descubrimientos del equipo enviado a la habitación de Gene Lovejoy en el Gipsy Hotel:

—Todas sus cosas habían desaparecido de la habitación. El encargado del hotel dice que vio salir a Lovejoy por la tarde, pero que iba de vacío, no se llevaba maleta ni paquete alguno, así que no sabe cuándo y cómo se llevó sus cosas. Como sea, el cuarto estaba vacío. Ninguna huella importante; visualmente hablando, quiero decir. En cuanto a las huellas digitales encontradas, han sido enviadas a nuestros laboratorios, y una vez reveladas y fotografiadas, serán distribuidas adecuadamente, para recabar informes en diferentes organismos de investigación. Mientras tanto, se está buscando a Gene Lovejoy.

—¿Acaso tenemos fotografías de él?

—Llegó esta mañana una de la central. Será distribuida junto con las huellas digitales encontradas en el cuarto de ese hotel. Queremos saber los máximos detalles sobre Lovejoy, y estamos movilizando todos los recursos a ese fin. Mientras tanto, todo lo que podemos hacer es esperar.

—Está bien.

Hacia las tres y media de la tarde, cuando seguían tomando café, llegó un agente de la CIA con el informe forense, que no aportó nada nuevo, desde luego: muerto a balazos, sin más.

A las cuatro llegó Minello, con aspecto muy fatigado. Se dejó caer en el sofá, tomó café y, tras encender un cigarrillo, pasó su informe, que nadie esperaba… salvo Brigitte, que le conocía bien:

—He estado preguntando a los colegas que han publicado la noticia. A veces, un periodista hace una pregunta que a otro no se le ocurre, y de ahí se puede obtener algún dato interesante. Pero nuestros colegas que interrogaron a los curiosos, no han conseguido saber más que nosotros, Brigitte. Yo diría que incluso menos, ya que ninguno menciona al hombre de cabello blanco.

—Menos mal. Miky se habría enfadado con nosotros si otro periódico hubiese dicho más cosas que el *Morning*. Gracias por haberte molestado, Frankie.

—Ya sabes que no ha sido molestia —la miró sorprendido Minello.

—Eres un buen…

Bip-bip-bip-bippp… zumbaron a la vez la radio de Pitzer, Simón-Floristería y Brigitte, esta última colocada sobre la mesita de centro. Los tres cambiaron una mirada, y Brigitte señaló con un dedito a Pitzer, que atendió la llamada en su radio.

—¿Sí?

—Señor, soy Pickford; hemos encontrado algo interesante.

—¿De qué se trata?

—Gene Lovejoy tenía reservado pasaje desde hace ocho días para la travesía del transatlántico *Maryland* entre Nueva York y El Havre.

—¿Cómo han sabido eso?

—Bueno, se nos ocurrió interesarnos en las agencias de viaje, señor. Ahora estamos precisamente en la Worldtravel, que es donde

hemos obtenido el informe. Lovejoy había reservado el pasaje por medio de esta agencia, señor.

Pitzer miró a Brigitte, que tomó su propia radio abrió el canal de comunicación.

—Simón, soy Baby. ¿Cuándo zarpa el *Maryland*?

—Pasado mañana. Bueno, no sabía que usted escuchaba, por eso dije mi apellido, Lo siento.

—Ya está hecho. Pasado mañana… Bien. Aparte de usted… ¿quién más sabe que Lovejoy tiene pasaje para esa travesía?

—Bueno, un compañero nuestro… y el empleado de la Worldtravel que acaba de facilitarnos la información.

—De acuerdo. No permita que lo sepa nadie más, y quédese ahí. Pronto recibirá instrucciones concretas.

—Muy bien. Encontraremos a ese asesino, ya lo verá.

—Por supuesto que lo encontraremos. Hasta otra, Simón. —Brigitte cerró la radio, y la dejó de nuevo sobre la mesita; tras un par de minutos de meditación, miró a Pitzer, que, como Simón y Frankie, esperaban expectantes—. No quiero que ese informe sea conocido por nadie, tío Charlie. Es decir, que nuestros compañeros se van a quedar en la Worldtravel, como empleados, o como lo que sea, evitando que la información trascienda. El empleado que ha facilitado la información, será advertido seriamente de que debe permanecer en silencio. Y todas las fuerzas que han sido movilizadas para buscar a Gene Lovejoy seguirán trabajando como si continuásemos ignorándolo todo.

—Comprendido. ¿Cree que así Lovejoy se tranquilizará y acudirá a tomar ese barco?

—Debería hacerlo, si nos guiamos por la lógica.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Minello.

—Me resisto a creer que, hace ocho días, Lovejoy no supiera que Randolph Symes estaba en Nueva York. Eran viejos amigos; amigos de siempre. Así pues, lo sabía. A pesar de eso, no lo llamó hasta ayer, lo cual es sorprendente considerando que Lovejoy llevaba ya dos semanas en Nueva York. Durante ese tiempo, reservó un pasaje en el *Maryland* hacia El Havre. Es decir, que no hay nada que encaje.

—¿Cómo que nada encaja? —se pasmó Minello.

—Nada. Si Lovejoy quería matar a su amigo antes de escapar en

el *Maryland,* debió esperar dos días más, ¿no te parece? Es absurdo esperar dos semanas para llamar a un amigo y hacerlo cuando nos faltan dos días para marcharnos. Si queremos perjudicarlo, lo mejor es hacerlo apenas llegar a Nueva York, o bien, cuando el barco o el avión que hayamos elegido esté a punto de salir. Lo contrario, es complicarnos la vida. Como es complicarse la vida inscribirnos con nuestro verdadero nombre en un hotel, tomar pasaje reservado, y luego citar a nuestro amigo, al que sabemos agente de la CIA, en una esquina cualquiera dos días… mejor dicho, tres días antes de zarpar. ¡Vamos…! No tiene sentido, Frankie.

—¡Zambomba! —Minello se rascó la cabeza, perplejo—. No entiendo nada de nada, entonces.

—Más o menos, es lo mismo que me pasa a mí. Lo que sí se me ocurre es que si Gene Lovejoy sacó pasaje para el *Maryland* es porque, cuando menos en principio, pensaba tomar ese barco. Que haya cambiado de intenciones después de la muerte de Randolph Symes, ya es cosa que no sé.

—Pero no quieres que él sepa que sabemos lo del barco, por si se decidiese a tomarlo.

—Así es. Pero aun así, hay otra cosa que me sorprende… Si lo que Lovejoy pretendía, al adquirir pasaje anticipado en el *Maryland,* era asegurarse la salida del país… ¿por qué en barco, mucho más lento que los demás medios de transporte, como el tren, el coche, y no digamos el avión…? Y si no se trata de eso… ¿por qué sacó pasaje Lovejoy en el *Maryland*?

—Podemos interesarnos por ese barco —sugirió Simón.

—Sí, por favor… —asintió la divina—. Quiero la lista de todos los pasajeros y tripulantes de ese barco. Y también quiero saber qué puede tener de especial, en cualquier sentido. Y sobre todo, suponiendo que Gene Lovejoy apareciese dispuesto a tomar el barco dentro de dos días, quiero que nadie se lo impida.

—Eso es mucho suponer —murmuró Pitzer—. No aparecerá.

—¿Qué se apuesta a que sí? —sonrió secamente Brigitte.

—No se puede ser tan tonto —insistió Pitzer.

Capítulo III

La lista de pasajeros y tripulantes del *Maryland,* en principio, no había revelado nada interesante a Brigitte Montfort. En cuanto al barco en sí, era un elegante transatlántico en el que, durante seis días, los pasajeros no podían hacer otras cosas que divertirse, lo cual no resultaba nada desagradable, por supuesto, y eso era lo que pretendían todos. Hoy en día, recién iniciado el último cuarto del siglo Veinte, nadie que pueda tomar el avión toma el barco. Y cualquiera puede tomar el avión, aunque parezca más caro. Es solo cuestión de echar números: pagar unos cuantos dólares más por el pasaje, o pasarse una semana sin hacer nada, lujo enorme para los hombres de negocios.

Sí. Hoy en día, quien pudiendo tomar el avión opta por el barco, es porque está dispuesto a pasar una semana de relax, de descanso. Y eso era lo que ofrecía el *Maryland:* descanso, diversiones, nuevas amistades, ambiente gratísimo… Los viajeros que desde la borda agitaban sus pañuelos hacia el muelle, se las prometían muy felices, cuando lo único cierto, aunque nadie lo sabía aún, era que nadie olvidaría aquel viaje, por muchos años que viviese.

—Parece que todo el mundo espera pasarlo bien —sonrió la más bellísima de todas las pasajeras del *Maryland*.

—Así es, señorita Montfort —asintió el receptor del transatlántico—. Y deseamos que usted lo pase mejor que nadie.

—Muchísimas gracias… —rio la señorita Montfort—. Como no tengo a nadie a quién despedir, creo que lo mejor será que me retire a mí camarote, hasta que esto se calme un poco. Según el horario, tardaremos todavía una hora en zarpar.

—En efecto. Bienvenida a bordo —señaló a los dos empleados que cargaban con su equipaje—. Espero que quede instalada a su gusto, señorita Montfort.

—Con toda seguridad, porque yo estoy a gusto en todas partes. Hasta luego.

—A su disposición, señorita Montfort.

Todo estaba lleno de gente y de mozos que transportaban equipajes. Llegaron ante su camarote, el M, y uno de los mozos no pudo evitar hacer el comentario: «¡Qué casualidad, el M, de Montfort!». La señorita Montfort sonrió amablemente, y premió su «ingenio» con una propina de magnitud señorial. Y señorial quiere decir dentro de unos límites generosos, pero no desorbitados. La cuantía suficiente para que se viese su generosidad y su clase.

—¿Desea que le enviemos una camarera para que la ayude a deshacer su equipaje?

—No, gracias. Me las arreglaré sola.

—Como guste. Feliz viaje, señorita Montfort. Y muchísimas gracias.

La espía internacional quedó sola. El camarote era amplio, alegre, bien decorado. Constaba de un cuarto de baño completo y el dormitorio-saloncito, donde había un tocador, un confortable sofá que podía convertirse en cama, una mesita de centro, dos sillones y, empotrados en la separación con el baño, tres cuerpos de armario, donde cabría muy bien el equipaje en absoluto exagerado de *miss* Montfort. Una cortina corrida en la pared de frente a la entrada, ocultaba dos portillas circulares, según pudo ver Brigitte al apartar la cortina. Las portillas daban a la cubierta de paseo de la clase de lujo.

Volvió a correr las cortinas, y se dedicó a colocar su equipaje, con el orden y método de siempre. Sobre uno de los sillones, estaba el maletín rojo con florecillas azules que, a simple vista, parecía contener el equipo para embellecimiento de una bella dama. Y era cierto. Solo que la dama en cuestión, la agente Baby, precisaba muy poco equipo de embellecimiento, así que la mayor parte del contenido del maletín eran trucos, todos ellos facilitados por el estrafalario pero inteligente McGee, jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA.

Todo en orden de acuerdo a su gusto, Brigitte se sentó en el sofá, y se dedicó a fumar, pensativa.

A la hora señalada, el *Maryland* zarpó, tras haber hecho sonar alegremente su sirena. Eran las cinco y media de la tarde de un

soleado pero más bien frío día de invierno.

Brigitte se aseguró de que el barco se había despegado ya del muelle, y entonces llamó por su radio de bolsillo.

—¿Sí? —oyó la voz de Pitzer.

—Tío Charlie, ¿ha subido a bordo?

—No. He distribuido los hombres de modo que era imposible que Gene Lovejoy subiese a bordo sin ser visto. Y no ha subido. Ni aunque se hubiese disfrazado habría conseguido subir al barco sin ser detectado. ¿Quiere que pasemos a recogerla a usted con una lancha?

—No. Sigo el viaje.

—Es una pérdida de tiempo. ¿Qué puede usted hacer ahí si Lovejoy no está en el barco?

—Ya le dije a usted que Gene Lovejoy tomaría el barco, de un modo o de otro.

—Y yo le digo que es imposible que haya subido a bordo.

—No nos entendemos… —sonrió Brigitte—. ¡Adiós, tío Charlie! Hasta la vuelta.

Cerró la radio, la guardó en el maletín, y quedó de nuevo pensativa. ¿Por qué había citado Gene Lovejoy a Randolph Symes? Para matarlo, no, desde luego. Tras mucho pensar, Brigitte había llegado a esta conclusión: si Lovejoy quería matar a Symes, todo lo que tenía que hacer era esperarlo frente al edificio donde vivía el agente de la CIA, y acribillarlo, sin más complicaciones.

¿Para qué citarlo, decirle que estaba en la ciudad…? Una simple encerrona, y asunto terminado.

¿Entonces?

Entonces, lógicamente, Gene Lovejoy había citado a Rand Symes para decirle algo. Algo importante y que, por supuesto, entraba dentro de la gama de actividades de la CIA, motivo por el que Lovejoy había recurrido, precisamente, a su viejo amigo Rand Symes. Y entonces, cuando Symes se presenta en el lugar de la cita, lo acribillan. Pero… ¿había hecho esto Lovejoy? La respuesta lógica era no. Más bien cabía pensar que quien había acribillado a Rand Symes había eliminado también a Lovejoy, tras obligarle a explicar cierta extraña conducta que habrían observado en él. Sometido a tortura, Lovejoy habría dicho que un agente de la CIA le estaba esperando, y entonces habían ido a por él… Y se habían encargado,

también, de pasar por el Gipsy Hotel, para retirar todas las pertenencias de Lovejoy.

¿Por qué? Pues porque entre las pertenencias, seguramente habría algo importante o revelador. Como, por ejemplo, el pasaje para el *Maryland*…

Brigitte movió la cabeza, y decidió dejar de pensar. Todo lo que quería hacer en el barco ya lo tenía pensado. Hasta entonces, no había necesidad de estrujarse más el cerebro.

Hacia las seis estaba en el Niagara Room Lounge, el lujoso y super confortable bar-salón de la clase de lujo. Apenas entrar, a la derecha, había un hermoso y reluciente piano de cola, sentado ante el cual, un sujeto regordete, melenudo, de aspecto triste y de unos sesenta años, iba aporreando, una a una, las teclas en ascendente escala musical. Al ver a Brigitte se quedó con la boca abierta y un dedo suspendido sobre las teclas. Estuvo así, atónito, hasta que ella se hubo sentado en uno de los taburetes, ante el mostrador del rincón. Entonces, se puso en pie y fue para allá.

—¡Hola! —saludó, sentándose junto a la divina espía—. ¿Me permite que la invite? Brigitte lo miró amablemente.

—Es usted muy amable, señor.

—¿Me lo permite?

—Por supuesto.

—Usted sí que es amable… —exclamó el hombrecillo—. Me llamo Brahms.

—¿Johannes Brahms? —sonrió Brigitte.

—No, no… ¡Qué más quisiera yo! Solamente soy Augustus Brahms… De todos modos, toco un poco el piano, claro.

—Algo es algo. Por un momento creí que me hallaba ante el gran compositor resucitado.

—Pobre de mí… Es usted bellísima, señorita.

—Sí, lo sé. Pero muchas gracias, señor Brahms.

—¿Lo sabe usted?

—Naturalmente. No soy ciega.

—¡Je, je…! Bueno, apuesto a que es usted de esas jóvenes que tienen mucha personalidad, y que saben andar sólitas por el mundo. ¿A que sí?

—Pues sí —rio Brigitte.

—¡Asombroso! En cambio, yo no consigo acostumbrarme a la

idea de viajar solo… ¡Oh, ha pedido usted champaña! ¿Se sentirá molesta si la acompaño?

—De ninguna manera. Es más, tengo el gusto de invitarle, señor Brahms.

Augustus Brahms asintió complacido, pero, en el acto, se quedó mirando atónito a la bellísima pasajera.

—¡Je, je!… —rio—. ¡Es usted muy simpática, señorita…!

—Montfort. Pero como usted también me resulta simpático a mí, puede llamarme Brigitte, simplemente.

—Brigitte Montfort… Es un placer, señ… ¿La periodista?

—En efecto.

—¿Qué le parece? Pensaba que este iba a ser uno de tantos viajes aburridísimos, y resulta que voy a estar en compañía de una celebridad… que, además, es simpática. ¿Va usted a París a trabajar o a divertirse?

—Siempre me las arreglo para hacer las dos cosas a la vez, señor Brahms.

Augustus Brahms se tocó la frente con un dedo.

—Eso indica una gran mentalidad. La felicito. ¿Sabe usted tocar el piano?

—Poquísimo. Me defiendo mejor con el violín.

—¿De veras? —se pasmó Brahms.

—¿Por qué habría de mentirle?

—Claro… ¿De modo que va a París?

—Así es.

—¿Viaja sola?

—Espero, contar con su compañía, señor Brahms.

—¡No faltaría más! Oiga, ¿no me estará usted tomando el pelo?

—¿Por qué piensa eso?

—Pues no sé… ¿Quién soy yo, a fin de cuentas? Un ser feo, viejo e insignificante. Llego aquí, la invito, usted me invita, y resulta que me acepta tranquilamente.

—¡Caramba, señor Brahms…!; ¡no iba a tirarlo por la borda! Vamos a pasar seis días juntos, de modo que nos tomaremos las cosas con calma y alegría. ¿Me invita a otra copa?

—A las que quiera. Oiga, si le parece podemos pedir prestado un violín a una de las orquestas que viajan en el barco, y formar un dúo… ¿Qué le gustaría tocar?

—Supongo que lo adecuado sería *El vals de las olas*.

Augustus Brahms quedó de nuevo atónito, pero enseguida se echó a reír. Brigitte le imitó, observándole con curiosidad y simpatía… Y así estaban cuando entró el hombre de los cabellos blancos.

No eran propiamente blancos, sino albinos. Una primera mirada podía hacer pensar que el hombre era viejo. Luego, prestando mayor atención a sus facciones y arrogancia física, quedaba bien claro que no tenía más de cuarenta años. Alto, fuerte, elegante… pero albino. Sus ojos eran tan claros que más bien parecían dos pequeños pozos de líquido hacia cuyo fondo se perdía la luz. Sus pestañas, cejas y cabello tenían el tono amarillo clarísimo de los albinos. Era sorprendente, nada más.

Brigitte lo estuvo mirando mientras el hombre iba hacia los divanes del fondo, ocupaba un asiento, y hacía una seña a un camarero. ¿Era casualidad la presencia de aquel hombre? Frankie había mencionado la presencia de un anciano de blancos cabellos en el coche desde el cual habían disparado contra Simón-Randolph Symes… ¿Podía ser aquel hombre? Ella sabía que algo tenía que ocurrir en el *Maryland*. Algo que Gene Lovejoy sabía, y que había querido decirle a Symes, o que quizá llegó a decirle, lo cual causó la muerte de los dos… Sí. Debían estar muertos los dos.

Se dio cuenta de pronto de que los sorprendentes ojos del albino estaban fijos en ella. Era difícil saber dónde miraba aquel hombre, porque sus ojos, claros como agua, no parecían enfocar ninguna dirección determinada. El albino sonrió, y hasta resultó un tanto atractivo. Brigitte parpadeó, sonrió también levemente, y miró a Brahms, que la contemplaba con hosca expresión.

—¿Lo ve? —dijo—. Entra un hombre más joven y apuesto que yo, lo cual es muy fácil, y ya se me olvida.

—Lo siento, señor Brahms —rio Brigitte—. Pero es que ese hombre es realmente curioso, ¿no cree?

—Es un cegato. Todos los albinos son cegatos. Bueno… a la luz del sol, claro. De noche dicen que ven en la oscuridad, como los gatos. ¿Por qué hemos de hablar de él? Hablemos de usted. ¿Adónde va, cuántos días estará, podremos vernos…? ¡Pero espere un momento! Antes de que alguien se me adelante, le haré la gran pregunta: ¿querrá cenar conmigo esta noche… y todas las noches?

—No sea ambicioso, señor Brahms. Por el momento, acepto para esta noche.

—¡Estupendo! —se felicitó a sí mismo Brahms—. Cuénteme cosas de usted… Por ejemplo, ¿por qué es tan encantadora?

Se contempló al espejo del tocador, y asintió con un gesto. ¿Por qué negarlo? Era realmente encantadora. Sonrió al recordar al pequeño Brahms, que había asegurado (y con razón) que aquella noche, en el comedor, sería envidiado por todos los hombres…

Sonó la llamada a la puerta, y Brigitte miró su relojito. Las ocho menos diez minutos en punto. Fue a abrir, y sonrió al ver al ramito de flores que le tendía Brahms, vestido, muy elegantemente, de *smoking*.

—Me parecieron menos vulgares que una orquídea, francamente. Y por si quiere saberlo, son más caras.

—Muy agradecida, señor Brahms. Estoy lista enseguida.

—Bueno… No voy a esperar en el pasillo, supongo.

—¡Claro que no! —sonrió de nuevo la divina—. Pase.

El hombrecillo entró, y Brigitte cerró la puerta. Se dirigió de nuevo al espejo, y se contempló con cierta duda. Llevaba un vestido de noche negro, debidamente escotado, elegantísimo en su sencillez y discreción… Los sueltos cabellos casi ocultaban los aretes de brillantes con que adornaba sus orejitas, únicas joyas que se había permitido para aquella noche. Por lo demás, con su belleza natural, sus grandes ojos azules y su piel que parecía de seda y de oro, Brigitte no necesitaba más adornos de ninguna clase.

—El caso es —dijo— que no sé si estas flores encajan con mi vestido, señor Brahms.

—¿Me permite que la aconseje al respecto?

—Se lo agradeceré, y mucho —se volvió Brigitte.

Augustus Brahms se acercó, tomó el ramito de flores y lo colocó sobre el borde del escote del vestido de Brigitte. Frunció el ceño, y lo bajó un poco, justo sobre el seno. Volvió a fruncir el ceño. Desplazó el ramito hacia el centro del pecho femenino, ladeó la cabeza, entornó los ojos…

—¿Quiere sostener usted misma el ramito?

Brigitte apretó las flores contra su pecho con un dedito, mientras miraba sonriente a Brahms, que, sin duda, se proponía retroceder

para contemplar el adorno con más perspectiva… Pero no.

No.

En cuanto ella sujetó el ramito, las manos de Augustus Brahms subieron velozmente, y se cerraron con suavidad en el cuello de la espía más peligrosa del mundo. Sus manos grandes y fuertes, de largos dedos; manos poderosas de pianista…

—¡Je, je…!

—Vamos, señor Brahms —le amonestó Brigitte, amablemente—, espero que no sea usted un vulgar manoseador.

—¡Je, je, je…!

—Por favor, retire sus manos de mí cuello. No me gusta que me palpen. Y no esperaba que fuese usted de esos hombres que confunden la amabilidad y la simpatía con otra cosa.

—¡Ji, ji, ji…!

—Me está usted disgustando, señor Brahms.

Augustus Brahms seguía acariciando la fina piel del cuello de Brigitte. Sus dedos pulgares no rozaban ya la bella garganta, sino que se habían apoyado en la parte inferior de la barbilla; los demás dedos estaban apoyados, como ocho puntos fríos, en la nuca de la espía internacional, que dejó caer el ramito de flores e inició un movimiento de separación, disgustado el gesto.

Entonces, súbitamente, las manos de Brahms parecieron convertirse en unas tenazas: los dedos largos presionaron un poco más en la nuca; los pulgares se hundieron bajo la barbilla, forzándola de modo que Brigitte tuvo que alzarla, hasta que su rostro quedó paralelo al techo. Intentó moverse, pero comprendió en un instante la realidad, que Brahms se encargó de notificarle:

—No te muevas, palomita, o te romperé el cuello como si fuese una cañita de sorber Coca-Cola.

Capítulo IV

En tan incomodísima postura, Brigitte tuvo dificultades para el simple gesto de tragar saliva.

—¿Qué… qué hace? —tartamudeó—. Señor Brahms, ¿qué…?

—Eres una chica lista, ¿verdad? ¡Claro!; ahora comprendo que seas una periodista tan famosa; tienes muy buen olfato. Cuando te vi allí, en la esquina, contemplando el cadáver de aquel agente de la CIA, me gustaste mucho… pero no se me ocurrió que volvería a verte. ¿Cómo supiste que el *Maryland* tiene algo que ver con lo del agente de la CIA?

—No… no sé de qué me habla…

—¿No lo sabes? Bueno, te lo diré: el puerco de Lovejoy se puso en contacto con un agente de la CIA, pero nos dimos cuenta de que Lovejoy estaba tramando algo, y le apretamos las clavijas. El muy cerdo nos dijo lo que queríamos saber, antes de que le cortásemos el cuello. Y como lo que nos dijo fue que iba a reunirse con un agente de la CIA, fuimos a por ese agente, a fin de que si sabía ya algo, jamás pudiese decirlo. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí… Creo… creo que sí…

—Luego, fuimos a buscar todas las cosas de Lovejoy, y las sacamos del hotel sin que nos viesen. No dejamos ningún rastro ni pista que pudiese servir a nadie para llegar hasta el *Maryland*. Sin embargo, tú, que estuviste con la policía y supongo que con gente de la CIA en el lugar donde matamos al de la CIA, estás ahora en el barco… ¿Por qué?

—No puedo… Casi no puedo… respirar… Quite sus manos, por favor…

—Nada de quitar las manos. Dime por qué estás en este barco, qué clase de pista has encontrado… ¡Y no me digas que estás en el *Maryland* por casualidad!

—Señor Brahms, me… me está… haciendo daño… Todos nos vieron juntos en el bar-salón… Si me hace daño, sabrán que ha sido usted…

—No te preocupes por eso, preciosa. Marco Buonaparte lo tiene todo previsto. No seré yo quien tenga problemas. Aunque no me creyesen cuando dijera que te había encontrado muerta en el camarote, mis problemas terminarían muy pronto. Dentro de muy poco, no habrá más capitán, amo, e incluso Dios, en este barco, que Marco Buonaparte, así que…

—¿Usted… se llama realmente… Marco Buonaparte…?

Brigitte sabía que no era así. Sabía que en las listas de pasajeros había un hombre llamado Augustus Brahms, y otro hombre llamado Marco Buonaparte. Lo sabía perfectamente. Lo que no sabía era quién era Buonaparte, y quién Brahms… hasta que conociera a este por la tarde en el bar. En cuanto a Buonaparte, ya lo conocería, ahora que sabía que le interesaba… Y por supuesto, en cuanto consiguiese librarse de Brahms, cuyas intenciones estaban bien claras. Pese a la risa que le sacudía en aquel momento, debido a las palabras de Brigitte, las intenciones del hombrecillo de las manos grandes y poderosas estaban muy claras.

—¡Ji, ji, jiiiii…! ¡Qué tontería, yo Buonaparte!

—¿Quién es?

—Eres muy lista… ¡Muy lista! Pero no más que yo. Dime cómo conseguiste la pista del *Maryland*, y qué sabes exactamente, y si hay alguien más contigo, quiero decir, de los tuyos, en el barco… ¡Dímelo, o te rompo el cuello ahora mismo!

—¡Se lo diré, se lo diré, no… no apriete más, por favor…!

—¡Acaba! ¡No tengo intenciones de perder más…!

Fue fulminante.

Comprendiendo que manteniendo aquella situación en la que simulaba estar aterrada ya no iba a conseguir más información, Brigitte decidió terminar con ella. Así que, simplemente, hizo subir su rodilla derecha, con fuerza, incrustándola en el bajo vientre de Brahms, al mismo tiempo que volvía su cabeza hacia la izquierda, velozmente, librando la barbilla de la presión de los pulgares, mientras sus dos brazos pasaban por entre los de Brahms, con seco golpe de separación, y acto seguido, con el puño derecho, descargaba un relampagueante *ura-ken* lateral que alcanzó a

Brahms en la sien derecha.

Fulminante y sorprendente.

Augustus Brahms puso los ojos en blanco, emitió un ronquido seco y tremolante, y cayó hacia atrás como si fuese un palo. Su cuerpo rebotó brevemente sobre la moqueta de color rojo, y quedó inmóvil, cara al techo, que parecía contemplar en el colmo de la estupefacción.

Brigitte se arrodilló rápidamente junto a él, colocando la palma de su mano izquierda en la frente de Brahms, de tal modo que habría sido imposible que este se incorporara, y al mismo tiempo preparaba el puño derecho para descargar un *tsuki* si veía la menor señal de que la situación pudiese escapar a su control…

Pero mirando con más atención los desorbitados ojos del inmóvil Brahms, comprendió la realidad.

—¡Oh, no…!

Pero sí.

Estaba muerto.

Así de fácil. Un *ura-ken* aplicado instintivamente en el sitio adecuado, y la muerte se producía fulminantemente. Con un gesto de disgusto, Brigitte se incorporó. Estuvo un minuto desconcertada… es decir, calculando cuál de las muchas soluciones que se le ocurrían le convenía más. Tras mover la cabeza, miró su relojito, y su ceño se frunció, evidenciando más disgusto. No tenía tiempo de nada, realmente.

Asió el cadáver por los pies, y lo arrastró hasta el cuarto de baño. Allí, vació rápidamente todos los bolsillos del *smoking* de Brahms, y fue colocando su contenido sobre su propio pañuelo blanco, inmaculado. Tras asegurarse de que no dejaba dato alguno sobre la personalidad de Augustus Brahms, dejó el cadáver en el cuarto de baño, y regresó al dormitorio. Escondió el pañuelo con las cosas de Brahms, recogió el ramito de flores y lo tiró dentro del cuarto de baño, y volvió a mirarse al espejo.

Estaba normal, perfecta, bellísima. Y era la hora de la cena.

—¡Querida, la envidio! —aseguró *mistress* Fabesham—. Siempre viajando, conociendo gentes y países diferentes… ¡Tiene que ser apasionante!

—Al principio, sí —admitió Brigitte Montfort—. Pero de todo

llega uno a cansarse. Sin embargo, no es lo mismo viajar por placer que por trabajo. Este viaje, por ejemplo, si fuese exclusivamente por trabajo, lo estaría haciendo en avión.

—Celebro que no sea así… —dijo Sinclair McGuire, capitán del *Maryland*—. ¿No está de acuerdo conmigo, señor Fabesham?

—Con el permiso de mí esposa, sí —rio Fabesham.

La señora Fabesham, que ya había cumplido los sesenta, también rio, quedamente.

—Hace ya tiempo que aprendí que hay dos cosas contra las que no se puede luchar: la juventud y la belleza. La señorita Montfort me aventaja en ambas en este momento, y sería tonto por mí parte luchar contra ello. De todos modos, la señorita Montfort es muy de mí agrado… ¿Y saben por qué?

En la mesa del capitán del *Maryland,* además de Brigitte y los Fabesham, estaban también los Saint Cyr. Este era el turno de aquella noche para el privilegio de compartir la mesa de McGuire. Alrededor, el resto de los pasajeros de la clase de lujo cenaban en sus respectivas mesas, y, por supuesto de modo especial los hombres, dirigían frecuentes miradas hacia la joven invitada del capitán, cuya sonrisa y aspecto era radiante. En un extremo del comedor, una orquestina tocaba música suave.

—¿Por qué? —se interesó *mistress* Saint Cyr, que realizaba el viaje de novios con su apuesto marido.

—Porque a pesar de que ella debe saberse muy atractiva, no se dedica a mirar a los hombres como si pudiesen pasar a ser propiedad exclusiva de ella en cualquier momento.

—Eso es verdad —exclamó la joven señora Saint Cyr.

—Bueno, en realidad lo que temo son las uñas de las señoras —dijo Brigitte.

De nuevo rieron todos. Mientras reían, el capitán miraba alrededor. Y así, vio a uno de sus oficiales que, algo alejado, le hacía discretísimas señas.

—¿Me perdonan un momento? —se puso en pie.

Fue perdonado, naturalmente. Brigitte sonreía mientras seguía conversando con sus compañeros de mesa… sin perder de vista a McGuire. Vio primero su gesto de asombro, luego su fruncimiento de cejas, casi colérico. Cortó las explicaciones del oficial y, componiendo su simpática sonrisa de hombre de mundo, regresó a

la mesa.

—Van a perdonarme que les deje por esta noche Debo atender un mensaje personal… Espero que pasen una agradable velada. Y muchas gracias por su compañía.

—Gracias a usted, por su amabilidad… —se apresuró a contestar Brigitte por todos—. Ya me veía cenando sola esta noche; por fortuna, su sentido de la cortesía es excelente, capitán.

—Yo creo que no ha sido por cortesía que el capitán la invitó al verla sola, sino por inteligencia —guiñó un ojo Fabesham.

—Son todos muy amables —sonrió McGuire—. De todos modos, no podía permitir, de ninguna manera, que *miss* Montfort cenase sola… a menos que fuese por propia voluntad.

—¡Oh, soy bastante sociable! —aseguró Brigitte—. De modo que ya me había procurado compañía. Pero, inexplicablemente, mi pareja no acudió. Y no lo he visto en todo este tiempo… Me pregunto si estará indispuesto, quizá. Por cierto que tiene un curioso nombre sobre el que estuvimos bromeando: Brahms. Y, además, toca el piano.

—Es un nombre muy sugerente, en efecto —asintió Fabesham.

—Pues aún encontré otro más sugerente cuando examiné las listas de pasajeros —dijo *miss* Montfort—: Buonaparte. ¿Qué les parece?

—Creo que, en realidad, Napoleón Bonaparte se llamaba así, Buonaparte, en corso —dijo Saint Cyr—. Desde luego, no es un apellido corriente.

—Me gustaría saber qué cara tiene un hombre que se llama Buonaparte —dijo Brigitte.

—Pues es bien fácil —sonrió McGuire—; solo tiene que volver la cabeza, y contemplar a un caballero de cabellos albinos… que precisamente se ha pasado todo el tiempo contemplándola a usted con gran interés.

—Vaya una novedad… —rio Fabesham—. ¡Todos lo han hecho!

—Espero que sigan divirtiéndose —se inclinó McGuire—. ¡Buenas noches!

—Es un hombre simpático… —dijo la joven *mistress* Saint Cyr, cuando McGuire se alejaba—. Y muy apuesto, aunque, ciertamente, ya ha pasado de los cuarenta.

—Bueno —dijo su marido—, si tú te vas a dedicar al capitán

McGuire, yo no tendré inconveniente en dedicarme a la señorita Montfort, querida.

Hubo más risas en la mesa. Y se repitieron cuando *mistress* Saint Cyr replicó:

—Para evitar esa complicación, creo que deberías llevarme a bailar. ¿Vienen ustedes?

—A decir verdad, le pedí antes a Christopher que me llevase al cine —dijo *mistress* Fabesham—. ¡Imagínense ustedes que esta noche, como deferencia a las damas maduras, proyectan un filme de Clark Gable! ¡No puedo perdérmelo!

—Siempre fue mi gran rival —torció el gesto Fabesham, con expresión cómicamente agresiva—. Intenté, en varias ocasiones, dejarme un bigotito como el suyo, pero no había manera.

—Lo que tenía Clark de inimitable era su sonrisa de granuja —puso los ojos en blanco *mistress* Fabesham.

Los Saint Cyr se despidieron, riendo. Brigitte se disponía a encender un cigarrillo, pero lo pensó mejor.

—Creo que tomaré una copa en el bar, y me retiraré. Los días antes del viaje han sido terribles, y creo que si quiero disfrutar de la travesía, lo mejor es que empiece descansando de todas mis fatigas de la semana pasada.

—Nos veremos mañana, querida. Perdone que no la acompañemos esta noche al bar, pero, de verdad, ¡no puedo perderme una película de Clark Gable!

Se separaron riendo. Brigitte pasó cerca del albino, que la miró directamente, fijamente. Llegó al bar, pidió una copita de Armagnac, y se sentó a una mesa. Estaba encendiendo el cigarrillo cuando apareció el albino en el bar, mirando a todos lados. Fue a sentarse a la mesita contigua a la de Brigitte, que, tras expeler el humo, lo miró simpáticamente.

—¿Sabe que me he enterado de que tiene usted nombre de emperador?

El albino desvió rápidamente sus líquidos ojos hacia la espía.

—¿Perdón? —musitó.

—A menos que me esté equivocando, y no sea usted el señor Buonaparte.

—¡Ah, sí! —el albino se puso en pie, e inclinó ligeramente la cabeza—. Marco Octavio Buonaparte, a sus pies.

—Yo soy Brigitte Montfort… ¿No querría sentarse conmigo, señor Buonaparte?

—Si he de ser sincero —sonrió el albino— es lo que he estado deseando desde que la vi esta tarde en el salón. Pero estaba usted acompañada.

—Sí… Por el antipático señor Brahms.

Buonaparte se sentó a la mesa de Brigitte, y la miró alzando sus claras cejas.

—¿Antipático? Me pareció que se entendían bien.

—Así es. Pero creo que lo menos que puede hacer un caballero, cuando no acude para llevar a cenar a una señorita, tal como han convenido, es enviarle sus excusas dándole alguna explicación. ¿No está de acuerdo?

—Sin duda alguna. ¿Entiendo que el señor pianista la invitó a cenar y luego no acudió a la cita?

—Exactamente. Y no lo he visto en toda la noche. Naturalmente, le espera una buena reprimenda. Y, claro está, no pienso aceptar ninguna invitación suya en el resto del viaje. Si no hubiese sido por la perspicacia del capitán McGuire, habría tenido que cenar sola.

—Si la hubiese visto sola, quizá me habría atrevido a ofrecerle mi compañía, señorita Montfort.

—¡Ah…! Es usted muy gentil. ¿Viaja solo, también?

—Sí.

—¿Negocios o disfrute de la vida?

—Espero solventar un gran negocio durante este viaje. Es usted sorprendentemente hermosa, señorita Montfort.

—¿Por qué «sorprendentemente»? —rio la divina.

—Quiero decir que no se limita a ser hermosa… Hay muchas mujeres hermosas en este barco, pero no tienen… luz.

—¿Luz?

—Usted tiene algo parecido a una luz que le sale de dentro y brilla en su piel. Una luz dorada y tibia. Me temo que no estoy explicándome muy bien… Lo que trato de decirle es que, junto a usted, no debe importar ni el frío ni el calor, ni el hambre ni la saciedad, ni la riqueza ni la pobreza. Poder compenetrarse con su mente ha de ser maravilloso.

—Es usted muy penetrante, señor Buonaparte. ¿Cuál es su profesión?

—¡Mmmm…! Digamos que abarco diversas ramas de la psiquiatría.

—¡Ah! ¿Tiene usted algún paciente en este barco?

—Pues sí —sonrió, de pronto, Buonaparte—. Tengo tantos, que no podría atenderlos a todos aunque trabajase durante veinticuatro horas diarias durante todo el viaje.

—¿Quiere decir que todos estamos locos? —sonrió Brigitte.

—No hace falta estar loco para merecer el interés de un psiquiatra, señorita Montfort. Cualquier persona puede siempre ofrecer determinada faceta digna de estudio. Hasta el más insignificante ser tendrá siempre algún rasgo personal que le diferenciará de los demás. Aunque sea en muy poco, pero ofrecerá un matiz digno de ser estudiado.

—Está usted hablando de un modo inquietante, señor Buonaparte… Y tengo la… escalofriante impresión de que incluso es capaz de leer en mi mente lo que pienso.

—Aproximadamente, sí, podría lograrlo.

—¡Qué experiencia tan interesante!

—¿Le gustan las experiencias interesantes?

—Muchísimo. De cuando en cuando me agrada descansar, pero, en general, no soy persona apegada a la rutina, en modo alguno. Creo que es por eso que viajo tanto, en realidad. Mi jefe del *Morn*…

Brigitte se calló bruscamente, porque en aquel mismo instante, se apagaron todas las luces del bar. La oscuridad fue total… Se oyeron exclamaciones, grititos de alarma mezclados con risas, ruido de pies… En alguna parte, se rompió una copa.

Y en el mismo instante en que Brigitte comenzaba a incorporarse para apartarse de delante de Marco Octavio Buonaparte, se notó agarrada rudamente por los cabellos, y un contacto frío y duro se produjo en su cuello, justo debajo de la oreja derecha.

—La tengo, Marco —oyó tras ella la voz del hombre que la sujetaba.

—Será mejor que se esté quieta, señorita Montfort —dijo Buonaparte—. Vamos a escuchar, ante todo, lo que dice el capitán del *Maryland*.

Capítulo V

Efectivamente, cuando la excitación iba en aumento, sonó de pronto, claramente, la voz de Sinclair McGuire, expandiéndose sin duda por todo el barco gracias a los altavoces:

—Damas y caballeros, su atención, por favor. Ruego a todos el máximo silencio… Suplico su atención.

Los murmullos cesaron en pocos segundos. Brigitte tenía el cuello en forzada posición, y seguía notando bajo su oreja el frío contacto de la boca de una pistola. Se oía, ahora, el rumor de los poderosos motores del *Maryland*. La oscuridad era total.

La voz de McGuire sonó de nuevo:

—Ante todo, voy a suplicarles que no pierdan la serenidad. El *Maryland* está en perfectas condiciones para navegar, los generadores funcionan, no hay problema técnico alguno. Nuestra seguridad en el barco es total. Tenemos provisiones para no menos de un mes, y durante ese tiempo…

—¿Un mes? —exclamó alguien—. ¡Nadie va a estar en este barco un mes!

Un murmullo de voces se unió a la primera. La voz del capitán McGuire dejó de oírse… hasta que se elevó como un rugido por encima de todas:

—¡Tengan la bondad de escucharme! ¡HA ESTALLADO LA TERCERA GUERRA MUNDIAL! ¡Nuestro Centro de Alerta en Nebraska ha sido destruido; toda la mitad oeste del continente norteamericano está siendo devastada por las bombas nucleares soviéticas…! ¡Les suplico su máxima atención!

Un silencio de frío reinó en el bar, y Brigitte, como congelada, comprendió que en todo el barco debía haberse producido el mismo silencio. En su mente, las palabras del capitán del *Maryland* parecían penetrar como agujas de hielo. Ya no sentía el dolor en su

cuero cabelludo, ni el frío de la pistola en su cuello. Era en el interior de su cuerpo y de su cerebro donde sentía un frío atroz.

Había llegado.

Se había pasado años enteros luchando contra ello, jugándose la vida para evitarlo con sus diminutas fuerzas, lo había conseguido en algunas ocasiones… pero, finalmente, había llegado. La Tercera Guerra Mundial. La mitad oeste del continente norteamericano estaba siendo devastada por las bombas nucleares soviéticas… ¿Y qué estragos debían estar causando en Rusia las bombas nucleares norteamericanas?

—Voy a rogar a todos —sonó, de pronto, de nuevo, la voz de McGuire, tensa— que se retiren a sus camarotes. Por el momento, la situación no es peligrosa para el *Maryland,* pero desde luego no podemos regresar a Estados Unidos. Debemos seguir navegando, pero lo haremos con todas las luces apagadas. Es muy poco probable que aparezcan aviones soviéticos sobre nosotros antes del amanecer, pero el mensaje por radio que hemos captado nos aconseja que tomemos esa medida de prudencia. Durante esta noche, estaremos navegando y esperando noticias, que nos llegarán por radio y, posiblemente, consigamos captar imágenes de televisión gracias a los satélites de conexión que continuamente sobrevuelan el Atlántico. Haremos todo lo posible por estar informados, y tenemos la esperanza de que todo haya sido debido a un error que tanto rusos como americanos se apresuren a arreglar. De todos modos, y con vistas a imprevisibles acciones por parte de enemigos, navegaremos a oscuras. Dentro de un instante, las luces del barco volverán a funcionar para ustedes, durante cinco minutos. En ese tiempo, rogamos a todos que se retiren a sus camarotes, y que no salgan de ellos durante toda la noche. Cualquier accidente ocurrido por la infracción de este consejo, no será atribuible a la responsabilidad de quien les está hablando, ni a la de sus oficiales y resto de personal. No enciendan radios de ninguna clase, no lancen a las ondas señal alguna que pueda indicar a alguien la presencia de un barco. Por favor, limítense a permanecer en sus camarotes. El servicio médico estará funcionando toda la noche, solo tienen que solicitarlo por teléfono, bien entendido que solo en casos de auténtica necesidad. Suplico a todos que mediten sobre la seriedad de la situación, y que se abstengan de ocasionar conflictos que

aumenten la gravedad del caso. Muchas gracias por su colaboración. Estaré en contacto con ustedes a medida que se vayan produciendo las noticias.

El silencio se hizo de nuevo. En alguna parte, alguien estalló en sollozos.

Con los ojos abiertos, como si tuviese alguna probabilidad de ver, Brigitte permanecía inmóvil, aterrada, congelada… Sí, sabía que algún día tenía que ocurrir aquello. Era inevitable. ¡Sabía que tenía que ocurrir, se había estado jugando la vida durante años, y nada había servido de nada! ¿Y Malta? ¿Qué debían estar haciendo en Malta? ¿Estaría bien Número Uno? ¿Qué alcance tenía la agresión soviética…? ¿O habían sido los americanos los agresores? ¿Qué había ocurrido, por qué había estallado, finalmente, la contienda, cuál había sido la chispa que había prendido en la mecha? La mitad oeste del continente americano estaba siendo devastada por las bombas rusas. De acuerdo. Pero ¿cuántas bombas americanas debían estar cayendo en Rusia? ¿Estarían lanzando sus cargas las enormes plataformas volantes que desde hacía años surcaban silenciosamente los altos espacios, esperando el momento de recibir la orden radiada? ¿Cuántas docenas de bombas habrían caído ya en uno y otro continente? ¿Cuántos cientos de bombas, cuántos miles de artefactos nucleares habrían estallado ya sobre la frágil corteza del planeta Tierra…?

La luz se encendió de pronto, y algunas mujeres rompieron a llorar con fuerza terrible. A Brigitte le soltaron los cabellos y dejó de notar el contacto de la pistola en el cuello; pero dos hombres se colocaron junto a ella, mirándola fijamente, y moviendo la mano derecha dentro del bolsillo del pantalón, para que ella se fijase y comprendiese que tenían las pistolas empuñadas, listos para matarla en cuanto intentase reaccionar de modo diferente a como ellos querían.

Movió la cabeza, y vio a los hombres, lívidos, intentando consolar a las mujeres. Apuestos y elegantes caballeros acompañados de hermosas, enjoyadas y perfumadas damas cuyo maquillaje estaba siendo demolido brutalmente por las lágrimas. Allí, en aquel bar de la clase de lujo, la situación se aceptó con cierta serena actitud. Pero ¿qué estaría ocurriendo en la clase turista, por ejemplo, donde había mucha más gente, donde siempre

unos podían contagiar más a los otros su miedo, su espanto…?

Todos se apresuraban a salir del bar, poco menos que corriendo. Se oían sollozos, ruido de pies, sonido de cristales… Los camareros del bar también estaban abandonando este.

Brigitte miró a Buonaparte, que la contemplaba con claro sarcasmo.

—¿De modo que era esto? —susurró la espía—. ¿Usted lo sabía? ¿Sabía que iba a pasar? ¿Lo sabía, y, por lo tanto, lo sabía Gene Lovejoy, y eso era lo que este quiso decirle a Randolph Symes?

—Evidentemente —sonrió Buonaparte.

—Usted iba en el coche desde el que dispararon contra Symes. Pero no disparó usted… ¿Quién lo hizo? ¿Brahms? Sí, él es su asesino para casos… de contacto directo. Conozco a esa clase de gente; le gusta matar. ¿Iba él en el asiento de atrás, y fue quien acribilló a Randolph Symes?

—Así es.

—Y, luego, regresó a pie, para ver lo que ocurría por allí, qué decía la policía, quién acudía… Y me vio a mí…

—Cierto, señorita Montfort. Y ya que hablamos de Brahms: ¿dónde está él?

—Lo ignoro. ¿Qué ha pasado? ¿Quién ha iniciado la guerra, cómo lo sabía usted, para quién trabaja?

—Hace usted demasiadas preguntas para ser una persona que ni siquiera sabe contestar a una: ¿dónde está Brahms?

—Ya le he dicho que no lo sé.

—No diga estupideces. Lo envié a matarla a usted… Pero él no ha aparecido, y usted sí. ¿Lo mató?

—¿A Brahms? —respingó Brigitte—. ¿Yo?

—Usted debe ser agente de la CIA y, por tanto, es más que posible que haya matado alguna vez…

—¡Está loco! ¡Le digo que no lo he visto!

Marco Octavio Buonaparte fijó una vez más sus líquidos ojos en los azules de la espía internacional. Estaban en el bar solos ellos dos, con los dos hombres de Buonaparte. Este se puso en pie, de pronto.

—Yo tengo cosas que hacer. Llevadla a su camarote, pero no entréis en él hasta que las luces se hayan vuelto a apagar. Una vez dentro, matadla, y luego ved si Augustus está allí, escondido, en un

armario, por ejemplo, o debajo de una litera. Si no está allí, lo buscaremos en primer lugar en su camarote, y luego en el resto del barco.

—Quizá ella tiró el cadáver al mar.

—No. No tuvo tiempo ni oportunidad. La habrían visto. No perdáis mucho tiempo con ella; cortadle el cuello, eso es todo.

—Sí, Marco.

Este abandonó el bar, sin volver a mirar a Brigitte, que le siguió con la mirada. Cuando Buonaparte hubo salido, uno de sus hombres miró su reloj de pulsera.

—Quedan casi tres minutos de luz… —dijo—. Como el camarote de ella está muy cerca, saldremos de aquí cuando falte medio minuto.

El tiempo pasó. Despacio. Angustiosamente despacio. Brigitte comenzaba a pensar que se hallaba en un barco fantasma. No se oía más que el trepidar de los motores, muy suave y lejano… Algo que habitualmente no se oía. O quizá no era cierto que lo oía, sino que lo estaba imaginando. ¿Qué debía estar ocurriendo en las demás clases de pasajeros? ¿Conservarían la serenidad? Si la perdían, todo sería mucho peor, desde luego…

—¡Vamos ya! —oyó.

Miró al hombre que había hablado, pero desvió enseguida sus ojos. No quería que aquellos dos hombres viesen su expresión. Se puso en pie y salió del bar, tranquila, sosegada, elegante, bellísima. Los dos hombres, que caminaban tras ella, cambiaron una mirada, y sonrieron. El silencio era total mientras recorrían el alfombrado pasillo. Llegaron delante de la puerta del camarote M, y Brigitte sacó la llave del bolsito de noche. No se veía a nadie en el pasillo, ni en parte alguna.

—Abra. Puesto que nadie nos verá entrar, ya podemos hacerlo.

Los tiernos labios de la espía se apretaron un instante. Introdujo la llave, abrió la puerta y entró. Los dos hombres lo hicieron tras ella, todavía con las pistolas en los bolsillos…

No les concedió la menor oportunidad.

Y no la tuvieron porque, entre otras cosas, no esperaban que aquella delicada mujercita tuviese la descabellada idea de oponerse a dos hombres.

El que acababa de cerrar la puerta, sonriendo, movió el cuello

de tal manera, para encararse a Brigitte, que esta no pudo tener la menor duda; aplicó el *yonhon nukite* de un modo fulminante e implacable. Convertida en una punta de lanza, la mano, plana y rígida, pasó rozando la mandíbula inferior y golpeó con la punta en un lado de la nuez; fue realmente como aplicar un lanzazo, porque la piel y la carne se desgarraron como si la mano fuese de afilado acero, causando un destrozo mortal. Con la garganta seccionada por el tremendo impacto de la «delicada manita» de Brigitte, el hombre giró sobre sí mismo, de modo que dio de bruces contra la puerta, y cayó de espaldas…

… Mientras el otro, lívido de espanto, sacaba la pistola y apuntaba rápidamente hacia el pecho de Brigitte, que respingó al verse apuntada, y flexionó las rodillas.

Plup, chascó el disparo, mientras Brigitte se encogía delante del hombre, este lanzó un chillido, bajó rápidamente la mano armada…, y recibió en el codo el impacto del *yoko geri* propinado con el pie derecho por Brigitte, pese a estar acuclillada.

En el mismo instante en que la pistola saltaba de la mano del hombre y este lanzaba un aullido de dolor, se apagaban las luces del camarote. Y el hombre quedó en completa desventaja ante la pantera… que lanzó su siguiente zarpazo tras ponerse en pie rápidamente. La nariz del sujeto crujió bajo el impacto del codo femenino, y el hombre lanzó un berrido, al tiempo que sus manos caían sobre los hombros de Brigitte, cerca del cuello.

Inmediatamente, se crisparon allí, y efectuaron una presión súbita, fortísima. Brigitte lanzó un alarido, y cayó de rodillas. Con este gesto, sorprendió al hombre, y pudo librarse de la presión de sus manos, pero quedó tan dolorida que no acertó a moverse. Desde la base del cuello, un dolor espantoso se extendía como inundando todo su cuerpo.

En la oscuridad, oyó el jadeo del hombre, desplazándose, y comprendió que no iba hacia ella, sino en busca de su pistola… Sin vacilar, se lanzó en esa dirección. Se produjo el choque entre ambos. El hombre lanzó una maldición y, acto seguido, un aullido cuando recibió el rodillazo en los testículos. Al mismo tiempo, agarraba con ambas manos la cintura de Brigitte…

Y estaba gritando de alegría, dispuesto a partir en dos a la espía, cuando las manos de esta pasaron hacia abajo, entre su cuerpo y los

brazos del sujeto, como auténticas cuchillas, separando los brazos masculinos; la mano derecha de Brigitte pasó bajo el sobaco izquierdo del hombre, y fue a abrazar la espalda de este; la izquierda asió la manga derecha del asesino, y tiró de ella, al tiempo que lo hacía la derecha.

Fue una proyección de simple instinto, de saber hacer judo desde mucho tiempo; el hombre quedó un instante como colgado en la cadera derecha de Brigitte. Luego, esta terminó el movimiento, y el *o goshi* se realizó completamente, lanzando al hombre por el aire.

Se oyó el crujido del espejo, el alarido de dolor, de terror más bien, el sonido del cuerpo al rebotar sobre el tocador, y finalmente el caer sobre la moqueta…

Luego, el silencio.

Segundos después, un delgado rayo de luz aparecía perforando la oscuridad del camarote; un círculo de esa luz, del tamaño de un plato corriente, quedó fijo en el rostro del último adversario de la espía, mostrando el destrozo ocasionado por el espejo roto con la cara… con tan mala fortuna que un triángulo de espejo se había clavado en el ojo derecho del hombre, profundamente.

Brigitte se acercó, y tomó el pulso en un lado del cuello de su enemigo. Todavía estaba vivo. El otro, no. Había muerto instantáneamente.

Portando la linterna-bolígrafo que había sacado de su maletín tras localizarlo a oscuras, Brigitte fue al cuarto de baño, a cuyo interior lanzó la luz. Allá estaba Augustus Brahms, desencajado el rostro, que mostraba un color de cera.

Baby regresó al camarote y se sentó en el sofá. La luz fue apagada. Durante dos minutos, no se movió. Pareció que no había nadie vivo en el camarote. Por fin, la luz reapareció, directa hacia el armario. Una maleta fue colocada delante de este, y dentro comenzaron a caer prendas de ropa. Luego, las cosas de Brahms contenidas en el pañuelo. Finalmente, el maletín rojo con florecillas azules. La maleta fue cerrada, y quedó depositada junto a la puerta del camarote. La luz se dirigió de nuevo hacia el cuarto de baño. Y poco después iluminaba el cadáver de Augustus Brahms mientras era arrastrado hacia el dormitorio. Allí, fue soltado, junto al otro cadáver.

La maleta fue alzada del suelo. La luz de la linterna se apagó, la

puerta del camarote fue abierta.

Un instante después, en el camarote de lujo M solo quedaban dos cadáveres… y medio.

Capítulo VI

—No puede haber desaparecido —dijo secamente Marco Buonaparte, mirando al hombre que se había atrevido a decir tal cosa—. ¡Nadie puede desaparecer de este barco!

Estaban en el gabinete privado del capitán McGuire, que permanecía silencioso, sentado en su litera, con un cigarrillo entre los dedos, y la mirada fija en el suelo. Marco Buonaparte ocupaba uno de los confortables sillones, y contemplaba con dureza a los cuatro hombres que tenía delante, uno de los cuales sugirió:

—Quizá Teveneck y Shields ya la habían matado, y la tiraron al mar, y entonces, cuando volvieron al camarote de ella, alguien les atacó.

—Podría ser la misma persona que mató a Brahms —sugirió otro hombre.

Marco Buonaparte permaneció silencioso, pensativo, durante más de un minuto. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—No. Ha tenido que ser ella, y ya veréis cómo Shields lo confirma cuando esté en condiciones de hablar.

—Pero una mujer sola…

—Tiene que ser agente de la CIA. Por lo tanto, debe estar bien entrenada.

—Si es agente de la CIA —deslizó uno de los que, hasta entonces, habían permanecido en silencio—, no creo que esté sola a bordo, Marco. Habrá más agentes.

—Es posible. Pero no me preocupan demasiado. Tendrán que ir siguiendo el juego que yo ordene… Es decir —miró a McGuire—, el juego que ordene el capitán. Y claro está, el capitán ordenará el juego que yo le ordene que ordene. ¿No es así, capitán?

—Sí —murmuró McGuire, sin mirarlo.

—Es un hombre obediente —sonrió Buonaparte; pero su sonrisa quedó congelada súbitamente—. Quiero que encontréis a esa mujer.

Y pronto. Pero ya no deseo que la matéis. Antes quiero hablar con ella, ya que es posible que, en efecto, haya en el barco más agentes de la CIA, en cuyo caso convendrá saber cuáles son las posiciones y fuerzas de cada bando. No obstante, si ella o sus probables amigos significasen el menor riesgo, matadlos.

—Sí, Marco.

—¿Todo sigue bajo control?

—Claro.

—Está bien. Marchaos ya.

Los cuatro hombres encendieron sus linternas, y salieron del gabinete de McGuire, dejando a este solo con Marco Buonaparte, iluminados por el farol de mesa que funcionaba a pilas. Buonaparte miró su reloj de pulsera.

—Creo que deberíamos dormir, capitán. No ha sido fácil organizarlo todo, y un poco de descanso nos vendrá bien. Respecto a la señorita Montfort… ¿qué sabe usted de ella, concretamente?

—Es una de las mejores periodistas del mundo. Tiene el Premio Pulitzer.

—¿Tan inteligente?

—Sí.

—Está bien. ¿Qué más sabe?

—Nada más.

—En mi opinión, debe trabajar para la CIA. En cuyo caso, sí, sería lógico que hubiese más espías a bordo. Pero usted ya sabe lo que tiene que decirles si le hacen preguntas… En cuanto a la señorita Montfort, ya veremos qué dice Shields por la mañana. Voy a dormir unas horas —Buonaparte miró irónicamente a McGuire—. Tenga mucho cuidado con lo que piensa, capitán. Y sobre todo, con lo que hace. ¿Me entiende?

—Sí.

—Eso está bien —sonrió el albino.

Y fue a tenderse en el confortable sofá del gabinete privado del capitán del *Maryland*.

Antes de dormirse, Marco Octavio Buonaparte pensó en Shields, y en qué habría podido pasar para que hubiese sido hallado con un trozo de espejo triangular clavado en un ojo, sin sentido, magullado. Y junto a él, los cadáveres de Teveneck y Brahms… ¿Qué habría pasado en el camarote M?

—¿De modo que fue ella?

—Sí —musitó Shields.

Estaba tendido en una camilla, a punto de ser introducido en el quirófano del hospital de a bordo. Su rostro aparecía lívido. Casi tan blanco como el apósito que cubría su ojo derecho.

—¿Y cómo pudo venceros a dos hombres armados de pistolas?

Hubo un lento parpadeo en el ojo sano de Shields.

—No lo sé… —susurró—. No lo sé, Marco. Se movía con una velocidad que nunca antes había visto yo en nadie. No se la podía seguir con la vista, no se podía prever lo que ella iba a hacer un instante más tarde… Eso es todo. Mató a Teveneck en una fracción de segundo, solo con una mano, con un golpe.

—Está bien —Buonaparte apretó los labios un instante—. Ahora, van a operarte el ojo. Yo me encargaré de la señorita Montfort.

Shields fue introducido en el quirófano y Buonaparte, acompañado discretamente por dos de sus hombres, se alejó, dispuesto a salir a cubierta.

Ya era de día, así que podían, utilizar los servicios eléctricos de iluminación de las dependencias interiores del barco sin riesgo alguno de ser avistados desde el exterior. Un exterior frío, azul y rojo de sol naciente, gris de mar. Mar por todas partes. Después de catorce horas de navegación, toda posibilidad de avistar tierra había terminado. La costa norteamericana había quedado más de quinientos kilómetros atrás.

No se veía a ningún pasajero en cubierta. El frío y el miedo los mantenía en sus camarotes. ¿Sería posible que las Fuerzas Aéreas soviéticas atacasen un transatlántico? Solo tenían que decir que los americanos lo estaban utilizando con fines militares, y lanzarles algunos de sus proyectiles nucleares para enviar al fondo la enorme mole que transportaba cerca de dos mil quinientas personas.

—Vamos al puente de mando.

En el puente de mando, tomando café, estaba el capitán McGuire, que dirigió una torva mirada a Buonaparte, el cual se limitó a sonreír y a preguntar si todo iba bien y si se mantenía el rumbo previsto. La respuesta fue afirmativa. Con el capitán McGuire estaba su primer oficial, que también contemplaba hoscamente a Marco Buonaparte. El resto del personal encargado de mantener el barco en las debidas condiciones de navegación y

rumbo, no parecían darse cuenta de nada especial.

—Bien, creo que debería dirigirse a los pasajeros, indicándoles que pueden salir de sus camarotes, si lo desean. Supongo que los altavoces alcanzan a todas partes.

—Claro. Tiene que ser así, por si se presentase alguna dificultad general, como naufragio, por ejemplo.

—Ya. Bien, llámelos y diga que pueden dedicarse a sus actividades normales, como, por ejemplo, desayunar. Quiero ver gente en las cubiertas, tomando el sol y paseando, o jugando al cricquet. Ya me entiende.

McGuire asintió, y descolgó el micrófono que llevaría su voz a todo el barco.

—Buenos días, damas y caballeros. De nuevo les habla el capitán de este barco, Sinclair McGuire. Nos hallamos a cuatrocientas millas de la costa, y navegamos a una velocidad de treinta y dos nudos. Nuestras posibilidades de…

En el camarote 219 de la primera clase, la anciana dama de blancos cabellos y porte señorial, escuchaba con enigmática sonrisita el matutino mensaje del capitán McGuire que, en aquel momento, indicaba la conveniencia de reanudar la vida normal de a bordo, manteniendo firme la moral; pasara lo que pasase, todos debían mantener la moral, la presencia de ánimo. Por lo pronto, los desayunos serían servidos inmediatamente…

—¡Esa sí es una buena idea! —dijo la anciana.

Se puso en pie, y con paso vivo y ágil entró en el cuarto de baño. Mientras McGuire seguía hablando, ella se contemplaba al espejo. Sí, una dama de porte aristocrático y rostro todavía hermoso. Parecía tener unos setenta años, pero había una chispa de burla en los azules ojos que se protegían tras los redondos cristales de los anticuados lentes. Vestida severamente, apoyada en un bastón con empuñadura de plata, y llevando en la mano izquierda un maletín forrado, de raso negro, la anciana abandonó el camarote 219 y se dirigió hacia el comedor de la primera clase, situado inmediatamente debajo del de la clase de lujo.

Cuando entró allí, no había llegado todavía ningún otro pasajero, pero sí había ya una docena de camareros, esperando. Unos miraron a otros cuando apareció la anciana, hasta que por fin el más decidido se acercó a ella.

—Buenos días, señora. ¿Me permite acomodarla?

—Buenos días, joven. ¡Naturalmente que se lo permito! Y también le voy a permitir que me sirva el desayuno. Un buen desayuno.

—Sí, señora —sonrió el camarero—. Espero servirla a su satisfacción.

—Más le vale… —agitó la dama el bastón—. ¿Comprende?

El camarero sonrió ampliamente, pues, claro está, aquello solo podía ser una broma de la anciana. Todavía sonreía cuando, ya acomodada ella en una mesita cercana al ventanal de la cubierta, con todo el ancho mar ante sus ojos, la anciana pidió su desayuno:

—Carne de buey a la parrilla, dos tomates fritos, pan tostado, fruta y café. Y cuando digo «carne», quiero decir un filete de este tamaño, de este grueso, tierno, y hecho lo justo para que su centro quede crudo y jugoso. ¿Está claro?

—Sí, señora… —reaccionó el camarero—. Sí, lo está.

El camarero se retiró. McGuire había dejado de hablar. Por el ventanal se veía el día, radiante de sol, y las blancas crestas de las olas movidas por el frío viento marino. Poco a poco, fueron apareciendo algunos de los pasajeros de primera clase, que miraron con evidente curiosidad a la anciana del formidable apetito.

La cual, terminado su desayuno, se dirigió hacia cubierta desplazándose con su pasito menudo y un tanto temblón. Afuera, en la cubierta, se notaba el calorcillo del sol, pese a todo. La anciana se fue hacia popa, se sentó en una de las blancas extensibles, y se quedó mirando la blanca estela de espuma que dejaba el *Maryland*.

Más allá, estaba América. Estados Unidos. Los ojos de la anciana se alzaron hacia el cielo, en busca de algo que no podía ver. Quizá negros nubarrones de muerte, quizá los clásicos hongos enormes de las explosiones atómicas. Estaban a cuatrocientas millas de la costa… ¿Era suficiente distancia para que pareciese que no ocurría nada? Rusia estaba mucho más lejos… Había que cruzar el Atlántico, y luego Europa. Europa… ¿Existiría todavía Europa? ¿Quedaba todavía algo de América? América, América…

«No es posible… —se dijo mentalmente la anciana—. ¡No es posible! No han podido hacerlo…».

Se quitó los lentes, y retiró las dos enormes lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Allí, a cubierto del viento de la marcha,

recibiendo los rayos del sol lateralmente, se estaba bien. El cielo era azul, el mar límpido, el sol radiante, no había una sola nube. Pero… ¿qué estaba pasando a cuatrocientas millas, a mil millas, a cinco mil millas?

Algunas personas comenzaron a aparecer en cubierta, pero sin alegría alguna. Todos miraban hacia popa, miraban ansiosamente hacia el cielo. Se fueron sentando a ambos lados de la anciana, sin mirarla. Salvo por el silencio, se podía pensar que la vida era normal a bordo.

Hacia las diez y media de la mañana, tras haber reflexionado largamente, la anciana se puso en pie, y se acercó a un miembro de la tripulación que, cerca de la borda, escrutaba el cielo con prismáticos.

—Joven —le tocó en un hombro con el bastón—, deje de dar tan inquietante espectáculo y lléveme a presencia del capitán.

El tripulante bajó los prismáticos y la miró estupefacto.

—¿Cómo dice, señora?

—Digo —blandió la dama el bastón— que me lleve a presencia del carcamal de su capitán si no quiere que lo despeine a bastonazos. ¿Es usted sordo?

—No, señora.

—Pues obedezca. ¡Vamos, vamos, camine! ¡Y no me venga con excusas idiotas, o va a saber usted quién soy yo!

—Sí, señora.

La anciana fue conducida al gabinete privado del capitán, donde este se hallaba reunido con Marco Buonaparte y tres de sus hombres. Fue uno de estos quien recibió a la anciana, pero aseguró que era imposible que el capitán la recibiese, y cerró la puerta. La anciana no se inmutó. Con el bastón, comenzó a golpear la puerta, hasta que el propio capitán McGuire la abrió.

—¡Oiga usted…! —comenzó a gritar la anciana.

—Pase, por favor. Ha sido un malentendido… ¿En qué puedo servirla, señora?

—Señora duquesa… —dijo la anciana, entrando—. Duquesa de Montpelier, ¿comprende usted, joven marinero? Annette Simonet, duquesa de Montpelier.

—Sí, comprendo… Discúlpeme usted, duquesa. Estábamos buscando soluciones a nuestro problema, pero la atenderé con

mucho gusto.

La anciana miró a Marco Buonaparte, que la contemplaba con mal contenida irritación. Era evidente que McGuire le había convencido para que la recibiesen, y que lo había aceptado con la condición de desembarazarse pronto de ella.

—Precisamente, venía a ver qué soluciones está usted procurando a la situación.

—No es fácil, señora duquesa, compréndalo.

—Lo comprendo perfectamente. ¿Y estos caballeros quiénes son? No parecen marinos. Quiero decir, que no veo que lleven uniforme, como el resto del personal del barco.

—Somos asesores técnicos —dijo Buonaparte, sonriendo con ironía.

—¿Sí? Bueno, eso debe querer decir que sen ustedes muy listos, ¿verdad? En ese caso, dígame, usted mismo, ¿por qué ha estallado la guerra? ¿Quién ha sido el culpable?

—Las noticias son muy confusas al respecto, señora. Estamos pendientes de la radio, pero esa cuestión todavía no hemos conseguido aclararla. Aunque parece ser que el culpable ha sido el Yemen.

—¿El qué? —se pasmó la anciana.

—El Yemen. De ahí ha partido toda una serie de pequeños incidentes que han ido dando lugar a que las cosas se fueran complicando. A nuestro juicio…

La anciana estaba a menos de tres pasos de Buonaparte, y este seguía hablando tranquilo, cuando, de pronto, comenzó a sonar la alarma de a bordo, con toda potencia, con tremendos bocinazos. El capitán McGuire se abalanzó hacia el comunicador con el puente de mando.

—¿Qué ocurre? —gritó—. ¿Qué pasa ahora?

—¡Se acercan aviones por proa, señor!

—¡Despejen todas las cubiertas! ¡Dillman, no reduzcan velocidad! ¡Me reuniré con usted dentro de unos minutos! —McGuire dejó el contacto con su primer oficial, y pasó a utilizar el micrófono que le comunicaba con todo el barco—. Señoras y señores, tengan la bondad de despejar las cubiertas. Por favor, con carácter de urgencia, todo el mundo debe trasladarse al interior del barco, nadie debe quedar en las cubiertas. Se están acercando

aviones cuya procedencia todavía desconocemos…

¡Regresen a sus camarotes, por favor!

Cerró el contacto, y se volvió a mirar a Buonaparte, que asintió con la cabeza. Luego, Buonaparte señaló a la anciana, y miró a uno de sus hombres.

—Acompaña a la señora duquesa a su camarote.

—Sí, Marco.

La señora duquesa había entornado los ojos. Miró rápidamente a McGuire, y de nuevo a Marco Buonaparte. No dijo nada más. Dio media vuelta, y salió del gabinete del capitán. Con ella, el hombre que debía acompañarla, y que la miraba con sonrisita burlona. La alarma seguía funcionando, de modo estridente, en todo el barco. Por los pasillos con los que empalmaba el que conducía a los aposentos del capitán del *Maryland* y sus oficiales, se oía el correr de la gente, y gritos de histeria. La anciana miró de reojo al hombre que la acompañaba, y captó aquella desagradable sonrisita irónica.

—No se moleste en acompañarme —dijo, alzando la voz—. Ya sé caminar sola, joven.

—Yo obedezco órdenes, señora. La acompañaré.

La dama se volvió, hizo saltar el bastón de modo que lo sujetó por la punta, y antes de que el sicario de Buonaparte pudiese sospechar lo que iba a suceder, recibió bajo la oreja izquierda el impacto seco y preciso de la empuñadura de plata. Retrocedió, tambaleándose, y metiendo la mano derecha en el bolsillo del pantalón… La anciana volvió a golpearle, y esta vez el sicario cayó rodando al suelo.

La sirena era atronadora. La anciana apareció en los pasillos generales, donde aún quedaban algunas personas corriendo y gritando despavoridas. Docenas de puertas se cerraban con fuerza… La sirena dejó, de pronto, de sonar, y entonces el zumbido de motores de aviación inundó el interior del *Maryland*. La anciana se detuvo en seco y miró a todos lados. Estaba sola.

Lejanos, comenzaron a oírse algunos silbidos… Luego, las explosiones de bombas. La anciana permanecía como clavada al suelo. El estruendo de los motores de aviación se hizo insoportable, pareció perforarle los tímpanos, estalló en un rugido seco y comenzó a alejarse… mientras se sucedían las explosiones.

—Si tengo que morir, ciertamente no será como una rata —se

dijo la anciana.

Y corrió hacia la cubierta, para ver el sol, el cielo y el mar.

Y allá estaban el sol, el cielo y el mar.

Todo en paz, todo en calma.

Ya no se oía la sirena de alarma en el barco, pero sí el rugido de los aviones, y las explosiones de las bombas…

Sin embargo, entre el mar y el cielo no se veía avión alguno, ni caían bombas en ninguna parte. El *Maryland* seguía navegando en dirección este, sin novedad alguna digna de mención. La brisa era agradable, el tiempo claro, la marcha buena.

Desconcertada, la anciana no acertaba a moverse, ni a reaccionar. Por todas partes, el rugido de los aviones seguía atronando el espacio, y continuaban oyéndose tremendos estallidos de bombas.

Y el *Maryland* seguía navegando, dulcemente, sobre un cielo gris perla, bajo un cielo azul, bajo un sol de oro.

Por fin, la anciana movió la cabeza, hasta que sus ojos localizaron uno, de los altavoces. Los azules ojos parecieron congelarse tras los cristales de los redondos lentes, una dura mueca apretó los arrugados labios de la anciana…

—¡Eh, usted! —oyó—. ¿Qué hace en cubierta? ¡Venga aquí!

Capítulo VII

La anciana volvió la cabeza, y vio al hombre que la contemplaba desde la salida a cubierta. No era un tripulante, desde luego. Y, por supuesto, tampoco era un pasajero.

—¡Le digo que venga aquí!

Annette Simonet, duquesa de Montpelier, paseó su mirada por el sereno cielo, movió la cabeza y acabó por sonreír… pese a los rugidos de los aviones y de las bombas que silbaban y estallaban por todas partes.

El hombre corría hacia ella, con cara de pocos amigos. La anciana lo miró, volvió a sonreír y, sin inmutarse, acudió al encuentro del sicario de Marco Buonaparte… el cual no tuvo tiempo de nada. Apenas llegó ante la anciana, esta le clavó la punta del bastón en el estómago, como propinándole un lanzazo, y el hombre palideció y abrió la boca, llevándose las manos al lugar golpeado. Así estaba, petrificado por el espantoso dolor, con la boca abierta, cuando la anciana hizo girar el bastón, golpeando esta vez al hombre en un lado del cuello, derribándolo sin sentido.

En ese momento, aparecían otros dos hombres en la cubierta. Tuvieron un instante de estupefacción antes de cargar contra la anciana, al comprender lo que había ocurrido… La anciana dio un salto en el aire que la elevó metro y medio. Los dos hombres gritaron, pasmados, mientras las bellísimas piernas relucían al sol ante sus ojos, antes de dispararse… Uno de los hombres recibió el patadón en plena frente, y cayó fulminado hacia atrás. El otro alzó los brazos, cruzándolos, y el golpe simultáneo hizo crujir sus antebrazos… La anciana cayó ante él, flexionando las piernas. El hombre lanzó un aullido de furia y se le echó encima, rugiendo… La anciana tuvo poco trabajo. En realidad, solo tuvo que inclinarse un poco más, de modo que el sicario cayese sobre su espalda. Luego, se irguió con fuerza, efectuando el informal *kataguruma,* y

el hombre salió despedido, chillando, en dirección al límite de la cubierta… para desaparecer hacia la inferior.

Mientras tanto, la anciana desaparecía en el interior del barco, donde seguían zumbando los aviones, las bombas, donde seguía imperando el ambiente bélico, el ambiente de horror y de muerte.

—¡Hay que encontrarla! —rugió Buonaparte—. ¡Malditos seáis todos! ¿Cómo es posible que no podáis detener a una sola mujer que ni siquiera está armada?

—En las listas no está, desde luego… —dijo McGuire—. No consta el nombre de Annette Simonet.

—¡Claro que no consta! ¡Esa maldita vieja no era otra que Brigitte Montfort! ¡Y estos malditos estúpidos no saben cómo detener a una sola mujer! Está tratando a estos idiotas como si fuesen muñecos… ¡Y ya tengo a otro en la enfermería, con la espalda rota!

—Creo que debe serenarse —aconsejó McGuire—. No adelanta nada perdiendo los nervios.

Marco Buonaparte miró al capitán, miró luego coléricamente a los silenciosos hombres que tenía ante él, y acabó por cerrar los ojos. Aspiró profundamente antes de volver a abrirlos.

—Está bien. Quiero que la encontréis, tanto si apa rece como esa vieja duquesa o como ella misma. Y tenéis que hacerlo pronto. Naturalmente, se dio cuenta de que no existían tales aviones, ni había, por lo tanto, bombas cayendo cerca del barco… ¡Maldita sea! —se volvió Buonaparte a mirar a McGuire—. ¿Cree usted que lo irá diciendo por todo el barco?

—¿Cómo puedo saberlo? —gruñó McGuire—. Hace años que conozco a Brigitte Montfort por sus reportajes periodísticos, pero es la primera vez que la trato personalmente. Y solo fue durante una cena. ¡No me pida milagros a mí!

—No le voy a pedir milagros —Buonaparte lo señaló furiosamente—, pero tenga cuidado con lo que hace, o ya sabe lo que le dije, McGuire.

Este palideció intensamente.

—¿Qué más quiere? —jadeó—. ¿Acaso no le estoy, obedeciendo en todo, no he puesto la tripulación a sus órdenes por mediación mía, no se hace todo lo que usted desea? ¿Qué más demonios quiere? ¡Si está furioso con la señorita Montfort, vaya a decírselo a

ella!

—¡No me provoque, McGuire!

—¡Váyase al cuerno! —explotó McGuire.

Se dejó caer en uno de los sillones. Buonaparte le miró con rencor, pero se encaró de nuevo a sus hombres.

—El capitán ordenará que la señorita Montfort y la vieja sean buscadas, también, por la tripulación. Mientras tanto, avisad a los demás y estad alerta. ¡Vamos, moveos!

—Sí, Marco.

Quedaron solos McGuire y Buonaparte. Este fue adonde tenía el magnetófono con la cinta con grabaciones de películas bélicas debidamente seleccionadas, y lo recogió de junto al micrófono que comunicaba con todo el barco.

—Comunique que el peligro ha pasado, y diga que si volvemos a ser atacados variará el rumbo hacia el sur. Autorice la presencia en cubierta de todos aquellos que lo deseen. Luego, haga venir a su primer oficial, para encargarle que vaya dando la orden de búsqueda de Brigitte Montfort por parte de toda la tripulación… ¡En alguna parte tiene que estar!

La provocativa rubia se sentó en uno de los taburetes de uno de los bares de la clase turista, y miró sonriente al sujeto que bebía en solitario, sombrío el gesto, una copa de martini.

—¡Hola!… —saludó—. ¿Qué tal?

El hombre la miró, y frunció el ceño. Luego, miró con más atención a la rubia. Alta, de formas rotundas bien ceñidas por la corta falda y el jersey, largos los rubios cabellos, chispeantes los verdes ojos, sugerente el gesto de su boca… Se le veía carne por todas partes, y hacía falta ser más bien tonto para no comprender que la cachondísima rubia andaba pidiendo güera… o, cuando menos, una buena escaramuza sexual.

—Bastante bien —acabó por sonreír el hombre—. ¿Y usted?

—¡Oh, yo estoy tremenda!… —aseguró la rubia—. Pero estaría más en forma si tomase un martini.

—Es la hora de hacerlo —señaló el sujeto el reloj del bar—. ¿Me permite invitarla?

—Encantada. Me llamo Lili.

—Yo me llamo Harry.

—¿Qué tal, Harry?

—¿Qué tal, Lili?

Se echaron a reír los dos. Harry pidió un martini para Lili. Luego, señaló a su alrededor. En el bar había seis personas, contándolos a ellos. El martini fue servido inmediatamente. No había gran público que atender, y había media docena de camareros. Lili bebió un sorbito de martini.

—Triste ambiente, ¿eh? —movió la barbilla.

—Podría ser peor. Si no hubiésemos tenido suerte, a estas horas estaríamos hinchados de agua salada, en el fondo del mar. Si salgo de esta me dedicaré a hacerles la vida imposible a los rusos, sea como sea.

—¿Por qué?

—Supongo que los aviones que nos bombardearon eran rusos.

—¡Ah!… —Lili encogió los hombros—. Sí, debían ser rusos. Me pregunto, Harry, si usted no tendría algún traje que me pudiese prestar.

—¿Qué? —se pasmó Harry.

—Un traje. Un traje de los suyos. ¿Puede prestarme uno? Y camisa, corbata, zapatos… En fin, todo eso.

—Bueno, sí, claro.

—¿Viaja solo?

—Pues, sí. Me las arreglé para quedarme para mí solo un camarote doble. Me costó un poco caro, pero menos que arriba… —señaló hacia las cubiertas superiores, y sonrió—. Y parece que, a fin de cuentas, he tenido suerte.

—Eres un guapo con suerte, ¿eh? —rio Lili.

—Juzga tú misma… Se me está ocurriendo que quizá querrías almorzar conmigo. Luego podríamos ir a mí camarote, y te enseñaría mis trajes, para que eligieses a tu gusto. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico!… —guiñó un ojo Lili—. Pero preferiría ver tus trajes ahora, con la alegría del aperitivo en el cuerpo.

—Pues tampoco es mala idea —guiñó un ojo Harry.

—Y de todos modos, ¡para lo que nos queda de vida…!

—Disfrutémosla. ¿No es eso?

—Claro.

Harry asintió, sacó un billete, y lo dejó sobre el mostrador, apurando rápidamente su martini. Lili hizo lo mismo, saltó del taburete, recogió su maletín rojo con florecillas azules, y alzó las

cejas al ver a Harry mirando hacia la puerta del bar con el ceño fruncido. Miró hacia allí, y no reaccionó en modo alguno al ver a dos hombres, mirando detenidamente a los presentes.

—Algo está pasando… —murmuró Harry—. No hace mucho, estuvieron ahí esos mismos tipos. Y antes, pasaron marineros del barco, todos mirando hasta el último rincón. Parece que buscan algo.

—Deben haber perdido una moneda.

Harry emitió una risita, y tomó del brazo a Lili. En la puerta, los dos hombres vacilaron un instante antes de cederles el paso, tras mirar con gran detenimiento a la rubia. Por supuesto, Harry no se dio cuenta de la leve tensión de esta. En realidad, Harry estaba ya iniciando mentalmente su viaje sexual en compañía de la rubia espléndida. Sí, reservar un camarote para él solo había salido un poco caro, pero había dado fruto, tal como se había propuesto. ¡Qué demonios, un viaje de placer es un viaje de placer…!

Harry tenía el camarote 183, en la parte inferior del barco, es decir, ya sin cubierta de paseo. Y como había querido gastar lo mínimo, ni siquiera daba directamente al mar, sino al pasillo. La única ventaja que tenía era que estaba muy cerca de la piscina instalada a popa. Pero ni siquiera era verano.

Abrió la puerta y dejó pasar a la rubia. Cerró, se volvió hacia ella y la abrazó por la cintura.

—Si hemos de morir —dijo— que sea gozando, ¿no te parece?

La bellísima y estrepitosa Lili sonrió, apoyó dos deditos en un lado del cuello de Harry y apretó. Harry se encogió, emitió un gemido, puso los ojos en blanco… y se quedó colgando de los brazos de la rubia, que sonrió divertidísima. Lo depositó en el suelo, abrió la doble litera, y colocó en la inferior a Harry. Luego, sacó del maletín una de sus cápsulas de gas narcótico con duración promedio de cuarenta y ocho horas, y tras protegerse boca y nariz con una de sus compresas especiales antigás, reventó con dos deditos la ampolla ante la nariz del desvanecido Harry. Quince segundos más tarde, retiró la compresa, la guardó y fue a tirar los cristalitos de la cápsula al inodoro. Regresó junto a Harry.

—Lo siento, simpático, pero de verdad necesito tus trajes —le dijo—; si continúo vistiendo de mujer, acabarán por descubrirme… y ya no dispongo de más disfraces. Por otra parte, aún más

importante, necesito una base de operaciones difícil de localizar, y el camarote de Brahms acabará por ser registrado también…

El problema iba a ser el cabello. Aunque, claro, todos los problemas tienen solución. O casi todos. El del cabello, por ejemplo, la tenía. Todo lo que debía hacer era recortar la peluca rubia de modo que la longitud de los cabellos quedase adecuada para un hombre. Era una lástima, pero tendría que hacerlo.

Ya decidida, Lili se disponía a quitarse la peluca, cuando de nuevo sonó la voz del capitán McGuire en todo el barco:

—Damas y caballeros, su atención, por favor. Se han recibido imágenes y sonido, vía satélite, de algunos de los últimos acontecimientos mundiales de última hora. Los pasajeros que dispongan de televisor en su camarote podrán ver el programa, dentro de quince minutos, ofrecido por nuestro circuito cerrado. Los pasajeros que no dispongan de televisor, pueden dirigirse a los bares y salones de recreo del barco, donde el televisor de gran pantalla, y en color, del servicio general les permitirá presenciar colectivamente el mencionado programa. Dentro de quince minutos. Gracias por su atención.

Lili quedó pensativa. Miró su relojito, miró al ahora dormido Harry, vaciló… Por fin, se hizo con la llave del camarote, que Harry había guardado en un bolsillo, y salió de aquel, asegurándose de que la puerta quedaba bien cerrada. En el pasillo aparecía gente, sin prisas. Gente silenciosa en parte, vocinglera, excitadísima en otra parte. Había comentarios para todos los gustos… pero ninguno del gusto de Lili.

Efectivamente, en la clase turista, el pasaje era mucho más abundante. Muy pronto, mientras caminaba hacia la escalerilla que le permitiría acceder al piso superior, donde estaba el gran Sea View Room, hacia el cual, evidentemente, se dirigían todos, la rubia se vio rodeada de gente, cuyas conversaciones eran de lo más variado, aunque, naturalmente, todas en torno a la Tercera Guerra Mundial…

Cuando el programa empezó, todavía estaba llegando gente al Sea View Room. En una de las primeras filas de espectadores, todos de pie, la rubia se dispuso a presenciar lo que, por supuesto, sería una hecatombe mundial. El silencio fue súbito de pronto, cuando en la pantalla gigante en primer lugar aparecieron rayas y vacíos, hasta

conseguir captar la imagen. Durante unos segundos, nadie comprendió qué era aquello que estaban mirando. Cuando lo comprendieron, un escalofrío de terror recorrió la masa de pasajeros concentrados en el salón.

Una voz desconocida, bien modulada, de locutor profesional, se dejó oír, tensa, angustiada:

—Señores telespectadores, están presenciando ustedes lo que queda de Omaha, Nebraska, después de la noche más negra y roja de toda la historia de los Estados Unidos de América. Se ha calculado que sesenta y dos proyectiles atómicos cayeron ayer sobre la ciudad y sus alrededores, que ha quedado convertida en un cráter de diez millas de diámetro donde todo ha quedado fundido, desde el acero a la carne y los huesos de miles de norteamericanos. La magnitud de la masacre es tal, que resulta imposible distinguir ni siquiera las formas de lo que alguna vez pudieron ser seres humanos. Dentro de este cráter que están viendo ustedes, todo forma una… pasta homogénea: acero, tierra, carne. La nube radiactiva se extendió en principio en un radio de cincuenta millas. Posteriormente, se comprobó que habían sido setenta y cinco. En estos momentos, la influencia de esa radiactividad ha rebasado el radio de doscientas cincuenta millas. Pero eso ha sido solo en Omaha. Veamos ahora los restos de otras ciudades del país en su mitad oeste. Por lo horrendo de su tragedia, cabe destacar la ciudad de San Francisco. La andanada de proyectiles atómicos ha sido tal, que ha ocasionado el hundimiento de la abrasada ciudad en la bahía, de tal modo que en estos momentos ni siquiera es posible distinguir las ruinas de la ciudad, que han sido cubiertas por las aguas del mar. Las fotografías aéreas que les estamos ofreciendo muestran unos puntitos o rayitas negras sobre los cuales recabamos su atención: cada uno de esos puntitos negros, o cada uno de esos agrupamientos oscuros, son cadáveres… El mar apareció esta mañana cubierto por miles de cadáveres ennegrecidos que flotaban en aguas hirvientes, con una temperatura que sobrepasaba los doscientos sesenta y cinco grados. Las laderas de las famosas colinas de San Francisco, convertidas en barro hirviente…

En el salón se oyó un alarido inicial y, acto seguido, una mujer comenzó a chillar. Lili ni siquiera volvió la cabeza. Cerró los ojos, mientras a su espalda, como si hubiesen sido conectadas por los

chillidos de la primera mujer, otras comenzaron también a gritar como enloquecidas. Hubo un gran revuelo, histerismo colectivo, desmayos, gemidos, alaridos, insultos. Las mujeres que chillaban, chillaban cada vez más, como si su propia histeria les estuviese provocando más y más histeria…

—¡A la enfermería! —gritaban algunas voces—. ¡Hay que llevarlas a la enfermería!

Lili estaba como dentro de una gran ola que la zarandease. Una ola que estaba estallando de espanto, salpicando a todas partes, contagiándose como solo el miedo puede ser contagiado. Una ola que estaba a punto de arrollarla… Comprendiendo el peligro que corría, se abrió naso a codazos hacia delante, alejándose del grupo histérico que estaba contagiando al resto. Algunos hombres estaban consiguiendo tranquilizar los ánimos… mientras en la pantalla aparecía lo que a Brigitte le pareció el esqueleto de un pueblo…

—… La bomba dirigida a Los Ángeles no alcanzó su objetivo; parece ser que, hasta que los submarinos rusos se acerquen, Los Ángeles estará fuera de su alcance nuclear; Sin embargo, una de las bombas cayó entre Los Ángeles y San Francisco, en las montañas. Allá no causó daño físico alguno, pero su potencia calorífica alcanzó sesenta millas, alcanzando varias localidades, cuyos habitantes quedaron convertidos inmediatamente en cenizas. Por nuestra parte, se han lanzado, si hemos de creer las cifras oficiales, setecientos proyectiles atómicos que, por el momento, han borrado de la faz del planeta las ciudades rusas siguientes: Leningrado, Petrozavodsk, Riga, Minsk, Kiev, Moscú, Odesa, Sebastopol, Harkov y Belgorod. La línea del Transiberiano ha sido volada en seis puntos que lo eran de abastecimiento y, al mismo tiempo, acuartelamiento de tropas.

Asimismo, en la costa este de Siberia, han sido reducidas a cenizas las ciudades de Petropavlosk, Konsomolsk, Ussurisjk, y, naturalmente, el importante puerto de Vladivostok. Desde las bases hasta ahora supersecretas de Turquía, Grecia, Alemania, Austria y España, los proyectiles intercontinentales dirigidos están volando hacia los grandes complejos industriales soviéticos del Norte. Como réplica inmediata, Rusia está pulverizando Grecia y Turquía, y en estos momentos ya habrán caído cientos de proyectiles en Alemania y deben estar a punto de caer sobre España. París ha recibido un

ultimátum procedente del mando militar soviético en su refugio de seguridad en el sentido de que tan solo con que Francia inicie las hostilidades contra Rusia, dos plataformas espaciales computadas para tal fin dispararán sus proyectiles sobre este país, repartiéndose, naturalmente, por las ciudades más importantes, comenzando por París, que tiene asignados cuatro proyectiles. Procedente de los helados mares del Norte, Inglaterra ha recibido idéntica amenaza por parte de los submarinos nucleares soviéticos provistos de proyectiles mar-aire. China, que no ha tomado partido por uno u otro bando, está descargando viejos odios contra Japón, lanzando sobre las islas del Sol Naciente un verdadero diluvio de proyectiles dirigidos, hasta el punto de que cabe pensar que Japón ha sido borrado del mapa, o está en muy cercano trance de serlo. Pillados entre tres fuegos, los nipones han sido aniquilados en una contienda en la que no han tenido ni siquiera tiempo de descubrir su juego atómico, ya que, evidentemente, Japón, tan largo tiempo bajo la vigilancia norteamericana, debía disponer de silos atómicos, e incluso de rampas de lanzamiento. En cuanto a Estados Unidos, es muy posible que, precisamente por esa agresión china a Japón, que sin duda alguna habría apoyado al Tío Sam, declare la guerra a China, lo cual provocaría un inevitable acercamiento entre Rusia y China. Mientras tanto, aprovechando la confusión inicial, los árabes han iniciado una nueva invasión de Israel, que está disparando ya sus proyectiles atómicos. En la India hay una expansión con pretensiones de ensanchamientos de fronteras para acceder a las riquezas de países más favorecidos que…

En la pantalla comenzaron a aparecer rayas negras y desvanecimientos en gris. La voz del locutor dejó de oírse con claridad, apareció fugazmente una imagen del hongo atómico, más rayas negras…

Se oían más gritos y llantos. Muchos de los pasajeros estaban emprendiendo el regreso a Europa, donde tenían su hogar y sus familias, y las noticias los había destrozado. En un rincón, debajo mismo del aparato de televisión, que estaba a unos dos metros de altura, un hombre estaba vomitando. Más mujeres se estaban desmayando, incluso muchos hombres lloraban y sollozaban… Muy cerca de Brigitte, un sujeto moreno, de expresión alucinada, estaba diciendo en español algo que Brigitte entendió perfectamente:

—La puta que los parió, la puta que los parió, la puta que los parió, la put…

El sonido de la alarma comenzó a oírse, estruendoso, en el salón, ocasionando el definitivo caos. Y mezclada con la alarma, la voz de Sinclair McGuire, capitán del *Maryland:*

—¡Vuelvan a sus camarotes, los aviones están regresando! ¡Por favor, que no quede nadie en cubierta! ¡Todos a sus camarotes! ¡Vamos a intentar comunicar por radio con esos aviones, para significarles nuestra neutralidad y que somos inofensivos, pero rogamos la ausencia de todo personal en las cubiertas!

¡UUUuuuuuUUUUUuuuuUUUU…! aullaba la alarma.

Todo el mundo corría.

Todo el mundo menos la rubia Lili, que se puso de puntillas, apagó el televisor y se dirigió tranquilamente hacia la cubierta. Ya no había nadie allí. El cielo despejado, el mar azul, el sol de oro… La sirena seguía atronando aquel espacio de calma y de paz. Ningún avión a la vista, desde luego. Ni siquiera cuando, un minuto más tarde, comenzó a oírse por todo el barco el rugir de los motores, los zumbidos de las bombas, las explosiones…

Capítulo VIII

Lili no estuvo allí más de un par de minutos, escuchando impávida toda la gran comedia de un ataque aéreo que no existía. Por fin, dio media vuelta, regresó al pasillo y de allí fue a la escalera que descendía al nivel de la clase turista.

En efecto, tal como esperaba, había hombres de Marco Buonaparte por allí, por los pasillos. Y también debía haber en los demás niveles, solo que ella no los había visto. En la esquina de uno de los larguísimos pasillos con la parte de popa, había un hombre, que al ver a la rubia acudió rápidamente, corriendo. En lugar de huir, Lili lo esperó, haciéndole gestos de llamada, con lo que el hombre se sorprendió primero y se tranquilizó enseguida, aunque sin abandonar la sorpresa.

Cuando llegó delante de Lili, jadeante, farfulló:

—¿Qué hace aquí? ¡Debería… estar en su camarote!

—Pregúntele a su compañero —señaló Lili hacia detrás del hombre.

Este se volvió, de nuevo sorprendido… y recibió en la nuca un perfecto, impecable *tegatana-ate* que lo tiró contra la pared. Lili solo tuvo que sostenerlo un instante, darle la vuelta y dejarlo caer sobre su hombro derecho, donde se dobló como si fuese de goma. Sin la menor dificultad, la rubia se desplazó velozmente por el pasillo, hasta llegar al camarote 183. Abrió, entró, cerró con llave y tiró al hombre al suelo. Por supuesto, «el ataque aéreo» proseguía, pero Lili le hacía menos caso que nunca.

Tres minutos más tarde, el sicario de Buonaparte estaba atado de pies y manos con tiras de sábana. Entonces, Lili se sentó en el borde de la litera en la que dormía Harry, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar.

Cuando el hombre despertó, el «combate aéreo» había terminado, todo era silencio. Se movió en el suelo, y entonces se dio

cuenta de su situación. Volvió la cabeza, y vio a la hermosa rubia que le contemplaba de un modo que no le gustó nada.

—Si grita, le destrozaré el bajo vientre a puntapiés… ¿Me comprende?

El hombre tragó saliva y asintió.

—Quiero que sepa, ante todo, que están perdiendo el tiempo buscando a la señorita Montfort. La pobre ya hizo demasiado por la CIA al aceptar ayudarnos, así que la hemos escondido en un lugar donde ella se considera a salvo. Es una pobre chica inofensiva que no merece…

—¿Inofensiva? ¡Ella sola mató a…!

—¡No diga tonterías, hombre! —rio Lili—. ¿No comprende que quien hizo todo eso fui yo, ocupando la personalidad de la señorita Montfort? ¡Pobrecilla! Vamos, vamos, olvidemos a esa periodista y hablemos de nosotros… ¿Cómo se llama usted?

—Sergio.

—Muy bien, Sergio. ¿A qué estamos jugando en el *Maryland*?

—¿Jugando? ¡Usted está loca!

Lili se quedó mirando pensativamente a Sergio. Luego, se miró las puntas de los finos deditos de aspecto inofensivo, con las uñas delicadamente pintadas. Después, Lili frunció el ceño, se quedó mirando el techo, y pareció dedicarse a laboriosos cálculos mentales. Miró de nuevo a Sergio, se rascó graciosamente la barbilla, justo donde tenía el hoyuelo vertical, y volvió a quedar pensativa unos segundos. Por fin, suspiró y se puso en pie. Entró en el cuarto de baño; es decir, en el diminuto cuarto de aseo, y allá, con toda lógica, encontró la máquina de afeitar de Harry. Del buen Harry. La dejó sobre el lavabo, regresó al dormitorio, asió a Sergio por la ropa del cuello, y lo arrastró al cuarto de aseo. Salió de nuevo, y regresó con su maletín, del cual sacó esparadrapo, que utilizó en amordazar herméticamente a Sergio. Conseguido esto, Lili retiró el cordón de la afeitadora eléctrica, separó los dos hilos que habían estado introducidos en la máquina, y recortó el plástico que los cubría con unas tijeritas que sacó del maletín…

Ante ella, Sergio la miraba hacer, intrigadísimo. Lili terminó de dejar al descubierto una pulgada de cada hilo, lo guardó todo con gran caima y orden, y tras asegurarse de que ambos hilos no podían hacer contacto, enchufó el cordón como si todo fuese normal, como

si la afeitadora estuviese en el otro extremo. Y no. En el otro extremo solo había dos hilos, despellejados, mostrando el cobre.

Lili miró amablemente a Sergio. Se inclinó sobre él, le desabrochó el cinto y le bajó los pantalones y los calzoncillos. Se dedicaba muy seria y concentrada a su trabajo, como si fuese algo normal y corriente dejar a un hombre con los genitales al descubierto.

Los ojos de Sergio se habían abierto mucho, fijos en la bellísima rubia que, ciertamente, no parecía ni poco ni mucho interesada por aquella característica anatómica del sicario. Lo acercó más al lavabo, asió el hilo, y sosteniendo en cada mano uno de los extremos, por la parte todavía cubierta de plástico acercó las puntas de cobre a los genitales de Sergio… Cuando se produjo el contacto, Sergio dio tal salto que pareció que ni siquiera estuviese atado, y su grito pareció a punto de arrancar la mordaza. Como no fue así, el rostro del sicario se puso rojo, para, inmediatamente, quedar blanco.

La segunda emisión de corriente penetró en el cuerpo de Sergio, que volvió a saltar y a retorcerse. Su cabeza pareció estallar en sudor, su rostro estaba lívido y desencajado, y las venas de sus sienes parecían a punto de estallar.

Lili retiró la mordaza y preguntó, amablemente:

—¿Decía usted algo?

—Es un ensayo… —casi gritó Sergio—. ¡Es un ensayo general!

—No grite tanto. No soy sorda, y además, como ya no nos atacan los aviones rusos, podemos entendernos sin gritar. ¿Un ensayo general? Ensayo, ¿de qué?

—No lo sé exactamente… ¡Eso lo sabe Marco!

—Pero algo debe saber usted, ¿no es así?

—Sí… Sí.

—Bueno, pues dígamelo.

—Nos hemos apoderado del barco…

—De eso ya me he dado cuenta. ¿Cuentan con la complicidad del capitán McGuire, o este está actuando bajo amenazas o cualquier tipo de presión?

—Marco le dijo que si no le obedecía hundiría el barco.

—Ya. Pero hundir un barco como este no es tan fácil, amigo Sergio. ¿Por qué le creyó McGuire?

—Tenía que creerlo. En la zona de carga hay unos grandes embalajes que no contienen lo que dicen, sino grandes cargas de explosivos, qué fueron colocadas allí hace días, con el reto de la mercancía que el *Maryland* lleva a Europa.

—Comprendo. ¿Qué medio hay para localizar esas cargas y retirarlas, para arrojarlas al fondo del mar?

—Ninguno. Están debajo de toda la carga, que no puede ser movida si no es con grúas. Esa carga solo podrá ser retirada al llegar a puerto, en último lugar, cuando ya el barco esté prácticamente vacío.

—Pero si no se tiene acceso a ellas… ¿cómo podría Marco hacerlas explotar?

Naturalmente, Lili sabía la respuesta, pero quería estar bien segura. Y no se equivocó.

—Esas cargas tienen, a su vez, conectadas otras cargas más pequeñas que estallarían al ser accionados los mandos de un aparato especial de radio que se hizo construir Marco para esta ocasión.

—Parece que todo está bien preparado, en efecto: cintas magnetofónicas con sonidos de aviones y de bombas, películas en video magníficamente montadas y con explicaciones por medio de un locutor de voz muy nítida, las cargas de explosivos, el sistema de detonación por radio… No me sorprende que el pobre capitán McGuire haya accedido a obedecer a Marco Buonaparte. Supongo que lo contrario habría significado el hundimiento del *Maryland*.

—Sí… Así es.

—Lo cual habría significado, también, la muerte de todos ustedes, ¿no es así?

—No… —rechazó Sergio—. Como es natural, el capitán ha dado la orden de que la sala de radio quede bajo nuestras órdenes; allí hay dos hombres, además del marino de turno en la radio, que se encargan de tener bajo control todas las comunicaciones normales del barco… Quiero decir que a efectos del exterior, el *Maryland* está navegando normalmente rumbo a Europa. Incluso, como es lógico por si pasasen aviones, mantenemos ese rumbo, y todos los mensajes que llegan son atendidos normalmente. Si son mensajes dirigidos a pasajeros, y estos han de dar respuestas, Marco prepara esas respuestas de un modo genérico, ambiguo, o bien mediante un

aplazamiento. Si la comunicación es telefónica, se pide también un aplazamiento, indicando que hay una avería en el barco que dificulta mucho la recepción y que impide por completo la respuesta. Sí…

—Todo esa ya lo entiendo —cortó Lili—. Pero mi pregunta era otra.

—Sí… Bien, al decirle que tenemos controlada la sala de radio, he querido decir que podemos comunicarnos en cualquier momento con un hidroavión que pasaría a recogernos a nosotros antes de que las cargas estallasen.

Lili asintió con la cabeza, fría la mirada que parecía penetrar en los ojos del sicario.

—¿Cuántos son, exactamente, ustedes? Los que están trabajando directamente a las órdenes de Marco.

—Quedamos catorce. Marco nos preparó a todos, en número justo para que, una vez él tuviese controlado al capitán, pudiésemos nosotros mantener el control de los puntos vitales del barco.

De nuevo asintió Lili. Frunció luego el ceño, y quedó pensativa casi un minuto, antes de musitar:

—Y todo esto… ¿para qué? ¿Qué clase de ensayo está haciendo Marco Buonaparte? ¿Acaso significa todo esto que dentro de poco, realmente, va a estallar la Tercera Guerra Mundial?

—No lo sé.

—¿Para quién trabaja Marco?

—No tengo ni idea… ¡Se lo juro!

—¿Marco es quien tiene el aparato que emite las ondas de radio que harían estallar las cargas?

—Sí.

—¿Cómo es ese aparato? Me refiero a su tamaño… ¿Y dónde lo tiene? Marco está todo el tiempo con el capitán McGuire… ¿Tiene el aparato consigo?

—Supongo que sí, pero no lo sé. Ignoro su tamaño.

Lili quedó pensativa, de nuevo. Del maletín sacó otra cápsula narcótica, y procedió con Sergio del mismo modo que había hecho con Harry. A Sergio lo dejó tirado allí mismo, en el suelo del cuarto de aseo, con sueño para dos días.

Luego, se dedicó a recortar la peluca rubia, hasta convertirla en una melenita que muy bien podría adaptarse al actual estilo de

peinado masculino. Se contempló en el espejo, y sonrió ante el resultado: una bellísima rubia de cabellos cortos, eso era todo.

Había que darle una cierta mayor dureza a su aspecto, así que se maquilló adecuadamente, oscureciendo su piel, y cambió las lentillas de contacto de color verde por otras de color negro; también deformó sus facciones, dándoles ángulos duros, introduciendo almohadillas de espuma y aros de plástico en las fosas nasales y en el interior de las mejillas.

Cuando se miró al espejo, se guiñó un ojo a sí misma.

—He aquí un guapísimo muchacho… —dijo con voz natural—. Esperemos que ninguna dama del barco se enamore de ti, precioso.

Se desnudó rápidamente, y procedió a ponerse ropa de Harry, el cual, por supuesto, había sido adecuadamente elegido por su complexión y estatura. Todavía se estaba vistiendo cuando de nuevo se expandió por el barco la voz de McGuire:

—Señores pasajeros, hace un minuto hemos conseguido comunicar con el avión comandante de la escuadra que nos ha atacado. Son rusos, efectivamente, y su comandante se ha avenido a razones, en el sentido de que pedirá instrucciones sobre nuestros destinos. Así pues, por el momento podemos estar tranquilos. Estamos intentando, también, comunicar con algún barco de guerra norteamericano para solicitar la debida protección o instrucciones respecto a si volvemos o no a Estados Unidos. Por favor, conserven la serenidad. En los comedores del *Maryland* les esperan agradables platos, que espero sean de su agrado. Como bien saben, tenemos una cocina internacional que podrá satisfacer su…

Lili emitió una risita, y se desentendió de las palabras de McGuire. Naturalmente, lo compadecía. El pobre hombre debía estar sufriendo horriblemente, pasando muy malos momentos. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía que obedecer las instrucciones de Marco Buonaparte, y obligar a sus más allegados oficiales a secundarle en toda aquella pantomima. O eso, o aceptar las consecuencias… que serían enviar, al fondo del mar el *Maryland*… con dos mil quinientas personas a bordo. La opción entre esto, o hacer sufrir un poco a esas dos mil quinientas personas, estaba bien clara.

Ya completamente ataviada con ropas de Harry, adecuadamente disimuladas las formas del busto por un grueso jersey y la chaqueta,

Lili-Brigitte-Baby volvió a mirarse al espejo. Lo que vio no la complació en absoluto, pero mientras los hombres de Marco Buonaparte, y los obligados tripulantes del barco buscaban a Brigitte Montfort, o a una anciana, o quizá a una rubia, no concederían la menor atención a un hombre, por guapo que fuese.

Tras enfundar de nuevo el maletín en su cubierta de raso negro, el nuevo y guapo Harry abandonó el camarote 183, llevándose la llave tras cerrar a conciencia.

Subió al comedor, donde había poquísimas personas, y ocupó una mesa en solitario. El plan a seguir estaba todavía un tanto en nebulosa en su mente, tenía que estudiarlo a fondo, perfeccionarlo de tal modo que no hubiese fallos.

Después de almorzar, Harry *el Guapo* pasó por una de las tiendas del barco, donde compró una gorra blanca que tenía mucho estilo marinero. La televisión estaba funcionando, emitiendo un programa de circuito cerrado en el que, con aparente buena voluntad y disponiendo tan solo del material que se transportaba en aquel viaje, los encargados de espectáculos ofrecían un documental político en el que se estudiaban las causas de la Tercera Guerra Mundial. Para la hora de la cena, ofrecían la presencia de personajes significados que estuviesen a bordo del *Maryland,* a los cuales entrevistarían sometiéndolos a interrogantes respecto al alcance final de aquella contienda tanto tiempo temida.

Pero a Harry *el Guapo* no le interesaban estas cosas. Subió a la cubierta de botes, y se tendió en una de las extensibles blancas, a pleno sol, tras colocarse la gorra de modo que no se le podía ver el rostro… Un sol tibio, ya camino del oeste, que calentaba la ropa y proporcionaba ese inimitable calor del astro rey que no puede confundirse con ningún otro.

Antes de quedar dormido a pleno sol, Harry *el Guapo* ya había tomado una decisión: no podía hacer nada antes de las seis de la tarde. Y ello por una razón muy convincente: si fracasaba en algo, y Marco Buonaparte tenía alguna posibilidad de hacer volar el transatlántico, para ese momento tenía que ser de noche, pues así, antes de hacer volar el barco, se lo pensaría muy bien, ya que deberían ser recogidos de noche por el hidroavión. Y volar de noche, después de hundir un transatlántico de cuya desaparición se tendría pronto noticia, tenía sus inconvenientes, como por ejemplo

la obligación de utilizar luces reglamentarias e identificarse a los aviones que seguramente se apresurarían a sobrevolar la zona en busca de supervivientes…

Había que esperar a la noche. Es decir, a una hora antes del anochecer.

Capítulo IX

—Los pasajeros se van a sorprender si no hago acto de presencia en el comedor… —dijo McGuire—. Estamos pidiéndoles todo el día que se comporten con naturalidad, que conserven la moral, que los más fuertes debemos mantener unido el valor de todos… No sé cómo van a interpretar mi ausencia, pero yo, en su lugar, me inquietaría. Y hasta seguramente me sentiría molesto.

—No —negó de nuevo Marco Buonaparte—. Usted permanecerá aquí, conmigo. Entre los dos, debemos mantener el control del barco en todo momento.

—El barco está bien controlado, de todos modos —rechazó agriamente McGuire—. Mis oficiales están secundándonos, así como el personal que forzosamente tiene que estar al corriente del asunto. La comedia es perfecta a bordo, estamos manejando a casi dos mil quinientas personas como si fuesen marionetas… Pero no exageremos, señor Buonaparte.

—Quizá mañana —se obstinó Marco Octavio—. Esta noche todavía no estoy bien seguro de que todo esté bajo control. Veinticuatro horas más y estaré convencido.

—No sé qué más quiere usted… —estalló rabiosamente Sinclair McGuire—. Empezando por mí, siguiendo por Dillman y terminando por los radiotelegrafistas, estamos haciendo todo lo que quiere. ¿Qué más tenemos que hacer para convencerlo? Hemos proyectado las malditas películas de video que usted nos entregó, hemos hecho sonar la alarma, le he permitido esparcir por todo el barco el sonido de su cinta magnetofónica con vuelo de aviones y caída de bombas… Yo creo que si usted sigue por ese camino, provocará el pánico total a bordo.

—Esa es la cuestión… —sonrió Buonaparte—. ¿Hasta dónde resistirán los pasajeros? ¿Qué harán, cuando ya no puedan más? ¿Cómo van a reaccionar, en definitiva?

—¿Eso le interesa a usted?

—Evidentemente.

—¿Por qué?

Marco Octavio Buonaparte sonrió. Se dedicó a encender un cigarrillo sin abandonar la sonrisa… Eso estaba haciendo cuando sonó la llamada a la puerta del gabinete del capitán. Los dos hombres se miraron un instante. Luego, McGuire miró la hora en su reloj de pulsera…

—Debe ser algún pasajero —se impacientó McGuire—. Vamos a encontrarnos en una posición difícil si no atendemos a los que vengan a consultar algo Q a hacer peticiones. Además, los que vengan se sorprenderán al ver que hay un hombre de paisano ante mi puerta negándoles la entrevista.

—Se supone —dijo, secamente, Buonaparte— que un capitán de barco tiene algo más importante que hacer que atender a pasajeros neurasténicos. Pero está bien, permitiremos la entrada a quién sea. Abra la puerta.

McGuire fue a abrir. Efectivamente, se trataba de un pasajero. Junto a este, había un marino y un hombre de paisano, ambos mirando hacia el fondo del gabinete del capitán, pues sabían quién debía dar la autorización para que el visitante fuese admitido.

—Que pase —llegó la voz de Buonaparte.

El visitante entró en el camarote, y Marco Buonaparte quedó pasmado de auténtico asombro. Era el joven más guapo y esbelto que había visto jamás, y tenía unos grandiosos, hermosísimos ojos negros que le contemplaban fijamente… McGuire, que había cerrado la puerta del camarote, contemplaba al visitante con no menos asombro que Buonaparte.

—Buenas tardes —saludó Harry *el Guapo*.

—Buenas tardes… —musitó McGuire—. ¿En qué puedo servirle, señor…?

—Llámeme Harry, capitán McGuire.

—¡Ah, muy bien, sí! Bueno, Harry…

—¿Qué tal, señor Buonaparte? —se desentendió Harry del capitán, mirando a Marco Octavio.

Este frunció el ceño, y ladeó la cabeza.

—¿Me conoce usted? —musitó.

—¡Por favor…! ¡Claro que le conozco! Usted es el canalla que ha

organizado todo este espantoso asunto de la Tercera Guerra Mundial… ¡Oh! ¿Qué es eso?

Buonaparte, que había sacado velozmente una pistola, la movió de modo ostensible, apuntando a Harry.

—Es una pistola, Harry.

—¡Ah, una simple pistola…! No me impresiona. ¿Qué es una pistola comparada con esos terribles aviones que nos han sobrevolado ya dos veces, dejando caer miles de bombas?

McGuire estaba pálido. Buonaparte seguía con la cabeza ladeada, mirando a Harry a través de sus claras pestañas con sus ojos de agua sin fondo.

—¿Es usted de la CIA? —preguntó—. ¿Un compañero de la señorita Montfort?

—¡Pobre señorita Montfort! —rio Harry *el Guapo*—. ¡Está muy asustada! Aceptó ayudarnos, pero hemos tenido que esconderla en lugar seguro, mientras resolvemos esta situación.

—Son ustedes muy considerados con la señorita Montfort… —dijo Buonaparte, acercándose—. Espero que, cuando la vean, sean tan amables de saludarle en mi nombre.

—Lo haremos gustosamente, señor Buonaparte.

—¿Lo cree necesario? —exclamó Buonaparte, arrancando de un manotazo la peluca rubia de Harry.

Por un instante, los negros cabellos se sostuvieron alrededor de la cabeza de Harry, como formando un casco. De pronto, se soltaron, desparramándose hacia la espalda, los hombros y el pecho. Sinclair McGuire lanzó una exclamación, y se quedó aturdido contemplando al insólito personaje. Tardó casi tres segundos en comprender la realidad de lo que estaba viendo.

—¡Señorita Montfort!

—¡Hola, capitán McGuire! ¿Cenaremos juntos, también, esta noche?

—Pe… pero…

—Ya se lo dije yo —dijo fríamente Buonaparte—; la señorita Montfort es una agente de la CIA. ¿No es cierto?

—No exactamente, amigo Buonaparte. No soy *una* agente de la CIA. Soy *la mejor* agente de la CIA y, por extensión, la mejor agente secreto del mundo. Sin embargo, todavía no he logrado comprender qué se propone usted con todo este juego. Tuve una… amistosa

charla con uno de sus hombres, llamado Sergio, y me dijo que se trataba de un ensayo general… ¿Qué clase de ensayo general? ¿Qué es lo que estamos ensayando?

—Si tan lista es, ¿por qué no lo imagina?

—Explíquemelo usted… —rechazó, displicente, Baby—. Estoy segura de que disfrutará haciéndolo. ¿Puedo sentarme?

Mientras hacía la pregunta, se sentó. Marco Octavio Buonaparte enrojeció bruscamente, de modo que sus ojos, sus cejas y su cabello parecieron manchas blancas. Se dio perfecta cuenta de que aquella mujer vestida de hombre le estaba tratando con un desprecio total. Estaba demasiado segura de sí misma.

Y quiso humillarla.

—Parece que usted ha descubierto muchas cosas, señorita Montfort… ¿Ha descubierto, también, que no saldrá viva de este barco?

—Bueno —sonrió la divina—, quizá lleguemos a un acuerdo, y me permita usted abordar, también, el hidroavión.

—¿Sabe también lo del hidroavión?

—Vamos, Buonaparte, vamos… Cuando yo interrogo a un sujeto como Sergio, lo hago de tal modo que pronto se convence de que lo mejor que puede hacer es decírmelo todo. Las posiciones están bien claras… Pero una cosa no sabía el pobre Sergio: qué es lo que pretende con este ensayo general.

—Eso lo saben solo seis de mis hombres —sonrió, de pronto, Marco Buonaparte—. Seis hombres a los que ni Sergio ni los otros, digamos de acción, conocen siquiera. Están mezclados entre los pasajeros.

—Ya, ya. Está claro que se gastó usted una fortuna en pasajes en el *Maryland*. Contando a Gene Lovejoy, a los que han muerto y a los que están heridos, calculo que fueron unos veinte. Aparte, los seis que están mezclados entre los pasajeros… ¿Con qué objeto?

—Ver, oír, filmar y grabar.

—¿Perdón? —se tocó una orejita Baby.

—Ver, oír, filmar y grabar.

—Comprendido.

—¿Comprendido? ¿Quiere decir que lo ha comprendido todo?

—Creo que sí. Interpreto que sus seis amigos especiales se han dedicado a tomar fotografías o películas, así como grabaciones

sonoras de los sobresaltos de los demás pasajeros… O sea, que usted está… filmando una película, a todo color, con las reacciones de dos mil y pico de personas en una situación de conflicto bélico mundial. No son actores, sino seres que creen hallarse en esa situación realmente. Han visto películas horrendas, han estado a punto de ser hundidos por aviones que lanzaban bombas… ¿Y qué más, señor Buonaparte?

—Siga hablando usted. Lo hace muy bien.

—Gracias. ¿Hasta dónde pretende usted llegar?

—Hasta el límite, mientras dure el viaje.

—Es decir, que cada día se iría inventando un nuevo horror que afectaría más a los pasajeros del *Maryland*. Lo de los aviones proseguiría de cuando en cuando, pero seguramente también nos proporcionaría la «diversión» de un ataque de submarinos rusos, posiblemente atómicos. Nos seguiría ofreciendo películas en las que se vería cómo el mundo iría quedando reducido a pedacitos; nos proporcionaría noticias tan terribles, tan desconsoladoras, que algunas personas quizá llegarían al suicidio… sin saber que estaban siendo fotografiados o filmados. Noticias como la desaparición de medio continente europeo, la invasión del otro medio por los habitantes de África, la concentración en Siberia de todos los rusos, la desolación de los Estados Unidos de América y Canadá, posiblemente también México, la mortandad de cientos de millones de personas víctimas de la fuerza atómica… Es muy posible que, en determinado momento, hasta habría conseguido convencemos usted de que el mundo había desaparecido, y que solo quedábamos los pasajeros del *Maryland*… pero eso sí, sumergidos en un estado de terror brutal, espantoso, aniquilador… Y todo ello, ¿para qué? ¿Para saber lo que haría la masa humana en caso de una auténtica guerra nuclear? ¿Es eso? ¿Ese es el ensayo general?

—Debo admitir que es usted inteligente, en efecto.

—¿He acertado?

—Desde luego. Hace más de un año que comencé a prepararlo todo, y por fin he podido realizar mi plan… ¿Qué pasaría el día en que estallase la Tercera Guerra Mundial? ¿Qué haría la gente, cómo reaccionaría? No era fácil saberlo, pero tenía que conseguirlo. ¿Y sabe usted por qué, señorita Montfort?

—No, no lo sé. ¿Por qué?

—Porque cuando este viaje termine, y yo haya filmado, día a día, las reacciones de esta masa humana ante la hecatombe y el horror de una contienda atómica, tendré en mis manos un auténtico tesoro; tendré la película que más dinero proporcionará en la historia del mundo.

—Interesante. ¿Y dónde piensa estrenarla?

—¡Esto no lo ha entendido! —rio Buonaparte—. ¡La película no está destinada al gran público! Haré varias copias, desde luego, pero… ¿sabe a quién las venderé?

—¿A quién?

—Al Pentágono, por ejemplo. O al Kremlin. ¿Me comprende?

—No —susurró Brigitte.

—Yo creo que sí me comprende —volvió a reír Buonaparte—. Una de las incógnitas que los grandes poderes nucleares tienen planteadas, es la reacción de las masas ante una nueva contienda, que, por supuesto, sería atómica. ¿Qué pasaría, qué haría la gente, cómo reaccionaría en grupos o aisladamente…? Esta pregunta se la hacen en Moscú, en Pekín, en Washington, en Londres, París, Bonn… Y creo que es precisamente la carencia de respuesta lo que mantiene a todos inhibidos. Por supuesto, todos sabemos que los resultados de una guerra nuclear serían catastróficos, pero no sabemos qué pasaría… en el aspecto mental y emotivo de las grandes masas. Sé que en Estados Unidos se han emprendido hace ya tiempo estudios psicológicos al respecto, pero no se ha podido conseguir un resultado… digno de confianza. Tampoco los rusos. Pues bien, yo voy a ofrecerles ese resultado. Sabrán cómo reaccionará… o reaccionaría la gran masa en caso de una guerra nuclear… Y quizá entonces opinen que incluso bajo esas condiciones de presión física y mental la masa humana podría seguir siendo controlada y dominada. Y…

—¿Y…?

—Bueno —rio de nuevo Buonaparte—, sabiendo cómo ha de reaccionar la masa, quizá Rusia, o Estados Unidos, o China, no tuviesen ningún inconveniente en iniciar un enfrentamiento general. Eso ya no es cuenta mía.

—¿De quién es cuenta?

—De los países en litigio.

—Usted quiere decir que, con el fin de ganar unos millones de

dólares con esas películas, se ha pasado un año preparando todos los detalles.

—Sí.

—Y que en el supuesto de que sus películas proporcionasen a Estados Unidos, por ejemplo, información suficiente para decidir que la gran masa humana podría seguir siendo controlada aunque se la sometiese a la humillación y el horror de una masacre general, y por lo tanto podrían emprender la Tercera Guerra Mundial, usted no se sentiría impresionado por esta.

—Claro que no. Si Estados Unidos, una vez tenga en su poder mi película, así como informes psicológicos adecuados, decide aplastar a Rusia, no es cuenta mía, insisto. Yo voy a proporcionar material muy digno de estudio a varios países. Allá ellos lo que decidan luego.

—Usted no va a proporcionar nada a nadie, Buonaparte.

—¿Me amenaza?

—Lo sentencio.

—Debe estar loca. Tengo una pistola en la mano, apuntando a su pecho, y tengo el barco cargado de explosivos, de tal modo que puedo hundirlo en cualquier momento.

—Usted no es el único que piensa. ¿Realmente cree que no he previsto que usted, de todos modos, enviaría el barco al fondo del mar?

—¿También sabe eso?

—Vamos, Buonaparte… ¡Claro que lo sé! He estado casi toda la tarde meditando sobre usted, y sobre sus proyectos. Uno de ellos, claro está, consiste en solicitar de todos los pasajeros que antes de llegar al punto de hundimiento, depositen aquí, o en un salón, todos sus bienes tangibles o convertibles: joyas y dinero principalmente. Con ese dinero, por sí solo, ya podría usted vivir toda la vida como un rey. Pero ahora comprendo que solo es… el primer bocado, que piensa obtener mucho más cuando venda su película acompañada de esos informes… psicológicos.

—Es usted una persona de razonamientos muy lúcidos.

—Lo obvio es obvio, Buonaparte. También debería ser obvio para usted que yo me he propuesto impedirle que hunda el barco a cien millas de la costa de Europa y que se escape usted con sus películas, sus hombres, y todas las joyas y dinero de dos mil

quinientas personas a las que habría sacrificado para conseguir un objetivo aún peor, y que siempre he odiado con toda mi alma: facilitar a unos cuantos insensatos la comprensión de posibles factores favorables en caso de que iniciasen una guerra. En resumen, Buonaparte, usted piensa asesinar a dos mil quinientas personas y… patrocinar la destrucción de unos cuantos cientos, quizá miles de millones. Y todo por dinero.

—Dinero y poder es la misma cosa.

—Generalmente, sí. Pero, como le digo, me he propuesto que usted no consiga su objetivo. Y no lo conseguiría permitiéndole que me matase, ¿verdad? Por lo tanto, si he venido aquí con esta… tranquila desfachatez es porque dispongo de un recurso que me permitirá hacer… negociaciones con usted.

—¿De qué está hablando?

—Estoy intentando hacerle comprender que no sería razonable que usted me matase, porque de todos modos tengo amigos a bordo que le matarían a usted.

—No lo harían, sabiendo que puede volar el barco en un segundo.

—Pero si usted vuela el barco, naufragará, como todos, y se irá al fondo del mar.

—¡Qué tontería! —rio Buonaparte—. ¡Usted sabe ya que dispongo de un hidroavión que acudirá en cuanto lo llame por la radio, y que podré marcharme en él y desde allí provocar la explosión en todo el *Maryland*!

—El plan es bueno, lo admito. Pero tiene un pequeño fallo: no podrá usted llamar a ese hidroavión, así que si el barco se hunde, usted se hunde con él.

—El hidroavión…

—¿No lo comprende? Antes de venir aquí, me he apoderado de la sala de radio. En este momento, está bajo el control de gente de mí confianza, que destrozarán todo el material antes de permitir que sus hombres vuelvan a tomar el control. Así que no podrá usted llamar a su hidroavión.

—No es cierto —musitó Buonaparte.

—Llame por el teléfono interior a la sala de radio, a ver qué le dicen.

—Está intentando engañarme, distraerme…

—Es usted un estúpido —refunfuñó Baby—. Y lo malo es que cree que yo también lo soy. Eso son viejos trucos pasados de moda, Buonaparte. Vea mis manos: no tengo arma alguna. He venido aquí a pecho descubierto, con un arma que usted parece conocer muy bien: el arma psicológica. Estamos luchando de cerebro a cerebro, de mente a mente, de inteligencia a inteligencia… Reflexione. ¿Yo estaría aquí, desarmada, si no tuviese todos los triunfos? Máteme, y usted también morirá. Morirá si me mata, porque mis amigos lo harán trizas. Y morirá si ellos no lo hacen trizas, porque cuando haga explotar esas cargas que tiene en el barco, ningún hidroavión lo habrá recogido. Si yo muero, usted muere. Si yo muero, mueren dos mil quinientas personas más, pero usted muere. Reflexione. Tengo controlada la sala de radio, el puente de mando, los pasillos… Todo está bajo mi control. Excepto el hombre que está esperando afuera con el marino de tumo, al que no he atacado para no precipitar las cosas, todo lo demás está bajo mi control, todo. Llame adonde quiera, convénzase. Fui buscando marino por marino por el barco, y diciéndoles lo que ocurría y que tenían que ayudarme. Al principio, pensaban que estaba loca… es decir, loco, porque ellos me veían como a un hombrecito muy guapo; pero los convencí. Incluso la cabina de emisión de TV está controlada… ¡Vamos, hombre, llame de una vez adonde usted quiera!

—Usted no ha podido hacer… todo esto… ¡No ha podido hacerlo!

—Hacerlo yo sola, no. Pero lo he dirigido.

—¡No es posible!

—Marco, ¿no quiere entenderlo? Soy una espía profesional desde hace años, he solucionado conflictos que a usted le pondrían la carne de gallina, he escapado cien veces de la muerte… Usted, para mí, es una simple cucaracha. Una cucaracha, pero, ¡por Dios, la cucaracha más repugnante que pueda existir en la Tierra, así que voy a aplastarle!

—¡No se mueva, o disparo! —extendió el brazo Marco Octavio Buonaparte.

Brigitte Montfort no le hizo caso. Se puso en pie, sonriendo fríamente.

—Dispare… si se atreve.

—¡No se mueva!

Baby dio un paso hacia Buonaparte. McGuire estaba paralizado de asombro y de horror. Todo aquello le había parecido, desde el primer momento, una pesadilla, una cosa… extraña. Como si se tratase de una película de saboteadores, espías y asesinos, y él, en lugar de formar parte del argumento, estuviese contemplando tranquilamente el filme.

—Por el amor de Dios… —jadeó de pronto—. ¡No dé un paso más, o la va a asesinar!

—Vamos si se atreve —dijo Baby, adelantando otro paso hacia Buonaparte.

Este crispó el dedo sobre el gatillo de la pistola, pero lanzó una exclamación y lo retiró.

—¡La muy…! ¡Ahora la comprendo! ¡Está esperando que dispare porque en cuanto lo haga, esa puerta se abrirá, y a mí me acribillarán sus amigos, sin darme tiempo a hacer explotar las cargas en todo el barco…! ¡Perra asquerosa! ¡Te voy a matar, de todos modos, pero no vas a morir sola, no…! ¡Ya que tú lo has buscado, moriremos todos! ¡Vas a ver…!

Barbotando rabiosamente auténticas barbaridades obscenas, el albino tiró lejos de sí la pistola con la que había estado amenazando a Brigitte, alzó el pie derecho y se quitó rápidamente el zapato, que sujetó con la mano izquierda. Con la derecha, arrancó el tacón…

Frente a él, Brigitte Baby Montfort había movido su brazo derecho, y la pequeña pistola de cachas de madreperla había caído desde la manga a su mano. En el mismo instante en que Buonaparte arrancaba el tacón de su zapato y la miraba, la espía más peligrosa del mundo apretaba el gatillo de su pistolita.

Plof.

Marco Octavio Buonaparte recibió la balita en el centro de la frente, justo entre los dos ojos, y todo su cuerpo sufrió una violenta sacudida. El tacón del zapato salió despedido de su mano, hacia el techo, y comenzó a caer… mientras Brigitte Montfort dejaba caer su pistola y saltaba hacia donde caía el tacón. Deslizándose por el suelo de costado, con el rostro desencajado, la espía tendió las manos, juntas, formando un hueco en el cual fue a caer el tacón.

En ese mismo instante, Buonaparte caía de espaldas, como un poste, con los ojos abiertos.

No menos abiertos, desorbitados ya, estaban los de la espía,

contemplando el tacón que tenía en las manos. Cuando miró a Sinclair McGuire, este tenía la palidez de la muerte.

—¡Zambomba! —sonrió crispadamente Harry *el Guapo*—, ¡por el momento seguimos navegando!

Este es el final

—¡Ya sé! —exclamó Minello—. ¡Dentro del tacón estaba la radio que podía hacer explotar, por medio de ondas, todas las cargas explosivas que iban en el *Maryland*!

—¡Claro! —asintió Brigitte—. Me llevé un susto tremendo, porque los mecanismos que cupiesen dentro de un tacón de zapato tenían que ser muy sensibles, y a lo peor, con el golpe…

—*¡Bouuummmm!* —gritó Minello—. ¡Zambomba!, ¡vaya jugada! De todos modos, te arriesgaste mucho, ¿no?

—Sí… —Brigitte se pasó la lengua por los labios—. Pero tenía que hacerlo, Frankie. No sabía dónde tenía Buonaparte la radio que podía hacer explotar todo, así que de ninguna manera me convenía a mí atacarlo, pues quizá me habría sorprendido y yo no habría podido evitar, aun matándolo, que hiciese funcionar los detonadores. Por eso, tenía que provocarle de tal modo que él prefiriese ante todo asegurarse de que, puesto que de todos modos iba a morir, se llevaba por delante a todo el mundo.

—Pero pudo matarte —insistió Minello.

—No lo hizo —sonrió la divina—. Esa es la cuestión.

—Algún día, encontrarás a un enemigo más inteligente que tú, y entonces…

—¿Más inteligente que yo? ¡Vamos, Frankie…!

—Sí, sí, tú tómatelo a pitorreo, pero… Bueno, ¿y qué más pasó en el barco?

—Pues al llegar a El Havre, los compinches de Marco Buonaparte que estaban en condiciones, fueron entregados a la policía…

—¡Y todo el mundo se enteró de que Brigitte Montfort es la agente Baby! ¡Ya sabía yo que algún día tendría que suceder…! ¡A partir de ahora, la Quinta Avenida de Nueva York va a estar

ocupada por la cola de espías malvados que esperarán su turno para asesinarte! ¡Buena la has hecho! ¡No podrás ni salir a la calle, ni…!

—¿Por qué no te tranquilizas y me dejas que te lo explique, Frankie?

—¿Qué has de explicar? ¡Todo está clarísimo!

—¡No, señor, no entiendes nada!

—Zam… bomba, no te enfades…

—¡Es que me irrita que quieras parecer tan tonto, cuando yo sé que no lo eres! Tienes que haber comprendido que la única persona que se enteró de quién soy yo es el capitán McGuire. Para los demás, la mujer que había intervenido era una agente de la CIA que usurpó mi personalidad en determinado momento, mientras a mí me escondían, para ponerme a salvo.

—¡Ah! Bueno, ¿y qué hiciste el resto del viaje?

—Tomé el sol, escribí algunas postales, pedí por cable un pasaje, en avión, París-Nueva York, y aquí me tienes.

—¿Y qué más hiciste?

—Nada más.

—¿No pensaste ni siquiera en que, por el simple hecho de que el nombre de Brigitte Montfort haya sido mencionado en un asunto en el que intervenía una agente de la CIA, los agentes secretos de todo el mundo se hayan fijado de modo especial en ti?

Brigitte se pasó la lengua por los labios. Luego, pareció recordar que ante ella tenía una copa de champaña, y bebió un largo trago. Finalmente, miró a Frankie y movió negativamente la cabeza.

—No, Frankie, no pensé en eso… más que un poco. Había otra cosa que mantenía mi mente ocupada. Otro pensamiento. Y seguramente, ese mismo pensamiento debe tener ocupados los cerebros de todos los agentes secretos del mundo… que merezcan serlo. Tú ya me entiendes.

—Sí, sí… Quieres decir, a tu estilo, y al de Número Uno, Nathaniel *Fantasma*… ¿Qué pensamiento es ese?

—No estoy muy segura de que ellos lo estén compartiendo, pero en cuanto a mí… Bien… Marco Buonaparte quería obtener una información de primera mano sobre lo que ocurriría si estallase la Tercera Guerra Mundial, que, por supuesto, sería atómica. Y en cierto modo, me arrepiento de no haberle dejado, al menos, terminar su película, para enviar varias copias a quienes yo me sé.

Quizá eso los sensibilizase… Aunque no sé. Lo dudo mucho. Lo malo de todo esto, es que no hay muchos Buonaparte, y quienes disponen del poderío atómico, el día menos pensado enloquecerán, y sin estudios previos, sin importarles las consecuencias… se dedicarán a algo más que un ensayo general. Y me parece, Frankie, que cuando llegue ese día, yo preferiría estar muerta. ¿Quieres más «Pérignon»?

FIN